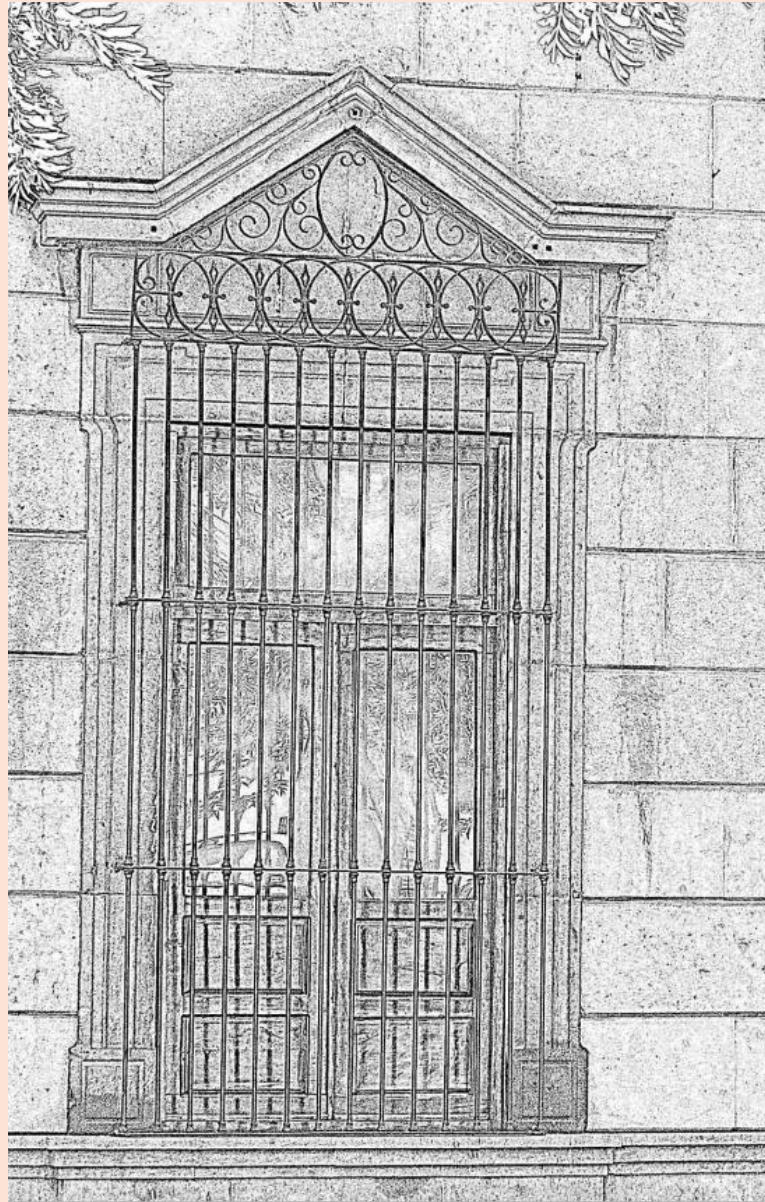


# Crónicas matrias



Miguel A. Izquierdo Sánchez

Crónicas matrias. Relatos

Autor: Miguel Ángel Izquierdo Sánchez

Dedicatoria: migrante como soy, como seremos todos tarde que temprano, he vivido en varias ciudades y a sus habitantes también me debo. Aquí doy entrada a relatos de vivencias morelenses, potosinas, por sus campos y otras ciudades a mi paso. Por eso este opúsculo va dedicado a quienes no acaban de ser aceptados ahí donde han decidido radicar, en este mundo que no tiene fronteras bajo tierra.

D. R. 2015 Todos los derechos reservados por Miguel Ángel Izquierdo Sánchez

Comentarios al correo: [izquier1953@gmail.com](mailto:izquier1953@gmail.com)

## Contenido

Metales.....	5
Columpio.....	7
Carritos de baleros.....	8
Carrera nocturna.....	9
Neto rico y pobre.....	11
Don Porfirio, el cacahuatero.....	11
Vencejos.....	13
Pancho el carpintero.....	13
Cuatro versiones de la llegada y despedida de José Feliciano a Cuernavaca.....	15
Amando en la calle.....	20
Guayacán.....	20
Rosendo, el dandy.....	21
La repartición de tierras en Altavista.....	21
Casino de la Selva.....	23
Tres Marías.....	24
Cuidado con los paquetes que reciban de desconocidos.....	26
El espanto de la burra “bicicleta”.....	28
¡Qué leche, Obdulio!.....	29
Mathias.....	31
Jaime, acordeonista de Cuautla, Morelos.....	32
Mambo número seis.....	33
Amarillo, ¿verdad?.....	33
Los parientes.....	36
El trotador de la Calzada de Guadalupe.....	54
El banco de carpintería.....	59
Profe del desierto.....	61
Porfirio.....	65
La abuela.....	71
Concierto de madrugada en Tanquián.....	73
Don Licho, Rey de Tanquián.....	75
Carta al Gobernante de Querétaro de Arteaga y a sus conciudadanos.....	82
La Chely y la Rocío.....	86
El Rony.....	88

El socialismo real, en 1979, por Brest–Litovsk .....	89
Tres doñas en tres museos .....	91
Doctores.....	92
FIN de Crónicas Matrias .....	94

# Pequeñas crónicas con habitantes de las barrancas de Altavista

## Metales

El silencio de la noche dominaba sobre la colonia Altavista, frontera de la Cuernavaca urbanizada hacia el poniente, aún a principios de los años ochenta. La loma había entrado en su primer sueño, muy ajena a los ruidos ciudadanos. En la parte alta, sus moradores eran gente de oficios, otros, miembros del magisterio, y más abajo en las laderas, familias en el desempleo o con escasos recursos, por lo que habían tomado libremente terrenos sobre sus empinadas laderas. Todos se sumían en sus cobijas, aquella noche de viernes ganada para el descanso. La mayoría de ellos iba a trabajar a la mañana siguiente.

En la quietud de la noche, fuertes ruidos metálicos irrumpieron en el aire. Metales arrastrados sobre el concreto de las calles vecinas, desde al menos dos puntos distantes. Se acercaban a nuestro vecindario haciéndose mutuo eco, cada vez más intensos. Luego les acompañaron murmullos que crecían en volumen. La combinación era extraordinaria, tétrica, incomprensible.

Entonces se aclararon los golpes: eran de gruesas cadenas, golpeadas contra las calles y banquetas, acompañadas de gritos provocadores entre jóvenes, decenas de ellos. No era para quedarse en la cama y esperar a lo que sucediera, sin contar con barda ni reja protectora para nuestro terreno.

Nos asomamos a la ventana. Era ya una intensidad metálica y estridente de maldiciones que se aproximaban desde bandos opuestos. Su encuentro fue precisamente a unos pasos de nuestra casa. Ahí pararon, a escasos cuatro metros de distancia unos de otros, desnudos del torso, apenas iluminados por la escasa luz de una lámpara callejera, oculta por el follaje de nuestras jacarandas. Se escuchaban alcoholizados o con efectos de inhalantes, dispuestos a todo. Eran quizás cuarenta contra cuarenta, no menos. Sus

gestos anunciaban una masacre, o eso imaginábamos por el tamaño de nuestros nuevos miedos.

Habían llegado a la cita, la primera que atestiguábamos involuntariamente. Tomaban aliento y se desafiaban con fintas, con gritos espeluznantes y miradas furiosas. Iba cada uno seleccionando su contrincante a vencer a golpes de metal. No se les veían cuchillos. Al parecer tenían sus reglas de daño controlado, un cierto código implícito de guerra intestina. Al menos eso imaginamos. Estaban listos para atacarse.

En eso Don José Molina, sesentón mecánico reconocido de la colonia, conductor asiduo de un grupo de doble AA en esa misma cuadra, salió de su casa, frente a la nuestra, y solitario, con su mediana voz se dirigió a ellos:

- ¡Muchachos, no se maten, no se maten por lo que más quieran! ¡Dense en la madre si gustan pero tiren antes las cadenas y bóxers! ¡Váyanse a sus calles y hagan lo que quieran, pero no se maten! ¡Váyanse!

De alguna manera, lo escucharon unos y otros. Después de unos veinte segundos de miradas todavía desafiantes, algo se dijeron entre sí los jefes de ambas bandas. Don José los seguía viendo, indefenso, pero firme.

Por arte de sus milagrosas palabras, ambos grupos, con gritos de combate, dieron marcha atrás, jurando volverse a encontrar.

Nos volvimos a dormir, ahora pensando en el valor de nuestro vecino y en el poder inexplicable de sus palabras.

En la tardecita del siguiente día, mientras jugábamos con nuestros niños en el terreno, vimos pasar por nuestra calle, con pasos muy largos como de marcha triunfal, a uno de los líderes de la banda poniente de Altavista. Iba con el pecho desnudo por delante y parecía presumir aún frescas, sus cuatro heridas faciales y otras tantas en sus poderosos brazos.

¡Buenas tardes!, nos dijo al pasar.

## Columpio

Salimos de paseo a la loma vecina cuatro niñas, cinco niños y dos adultos. El plan era caminar, buscar hongos de casahuate y de darse las condiciones, montar un columpio sobre cualquier árbol que se prestara. Era tiempo de lluvias, de modo que con suerte conseguiríamos esos riquísimos hongos, tan difíciles de encontrar como deliciosos.

La búsqueda fue infructuosa, pues otras personas que visitaban más frecuentemente que nosotros la loma, se habían agenciado los hongos de los árboles de casahuate caídos, dejándonos si acaso las huellas de sus cortes. Al menos habíamos aprendido a reconocer los árboles, sus capas corroídas y su proceso de descomposición para integrarse a otro ciclo de vida. Nos restaba ubicar un árbol para columpiarnos.

Apareció un pino mediano, en un punto de la ladera con pendiente poco menor a treinta grados. Dudamos los adultos en instalarlo ahí, no dudaron ni tantito las criaturas. Ahí mismo querían que colocáramos el columpio, mirando hacia la profunda barranca.

El trepador de árboles más aventajado, Fernando, se ofreció para subir al árbol a colocar las cuerdas que habíamos cargado con todo y tabla para el columpio. Medían quizás unos cuatro metros de largo. Cuando estuvieron bien colocadas, todos querían probarlo. Los adultos pusimos orden, de menor a mayor nos iríamos subiendo.

Las pequeñas gritaban a cada ida del péndulo, apretaban su estomaguito, pero no pedían que las bajaran. Pedían más y más. Conforme pasaban los de mayor tamaño, el desplazamiento sobre la barranca se hacía a más altura y empezó a preocuparnos a los adultos tanto vuelo. Propusimos acortar el tamaño de las cuerdas pero fue unánime el parecer de la chamacada, había que dejarlas como estaban.

Cuando llegó nuestro turno, no llegamos a impulsarnos ni a la mitad de lo logrado por los más atrevidos. El columpio se iba al aire, dejando ver la profundidad de la barranca con sus enormes y filosas rocas, lo que no se

divisaba desde la base del árbol. ¿Y si se zafaba una criatura? ¿Y si nos resbaláramos del asiento? El vértigo lo sentimos de inmediato, no podíamos desprendernos de esa sensación ni al bajarnos del columpio. Sería irresponsable seguir columpiándonos.

Al intento nuestro de alejarlo de la barranca o de acortarlo, todos se opusieron con un solo grito: ¡ni de chiste! Así debería quedarse. Discutimos riesgos para ellos, para nosotros, y fueron ellos los que dieron con la solución. Amarraríamos por la cintura y brazos al que se subiera, para en caso de resbalarse o soltarse. Nos sobraba cuerda para ello.

Revisamos la opción, presionados por voladoras y voladores, hasta que estuvimos convencidos de la medida.

Eso no nos quitó por todo el día, el vértigo de ver desde allá arriba, el fondo de la barranca en el vacío a nuestros pies.

### Carritos de baleros

Los libros de historia consignan que el primer lugar mundial de producción de azúcar de caña y sus derivados logrado por Morelos a finales del siglo XIX y principios del XX, se debe a que desde siglos atrás, los poderosos hacendados españoles se hicieron gratuitamente de los bosques de Cuauhnahuac, despojando a los naturales de los mismos. No había horno en las haciendas y en la ciudad y sus alrededores que no hiciera uso de leños traídos con bestias o a lomo, desde las faldas de la sierra de Chichinautzin, como desde sus lomas y barrancas hacia el sur.

En los sesentas del siglo pasado, los hijos de las familias de Altavista que no tenían recursos para estufas de gas, les proveían semanalmente del mismo combustible, bajándolo en carritos de baleros, que construían con gran cuidado y gusto, en tanto medios de transporte y juego de competencias. Otros de sus amigos que no tenían tales necesidades, les acompañaban con sus propios carritos, para experimentar las carreras de bajada.



Se formaban equipos de adolescentes de quince a veinte muchachos que subían cada sábado por la mañana y a veces los domingos, caminando por la cresta de la loma ubicada entre la barranca del Tecolote y la del Pollo (San Antón), hasta lo que ahora es la colonia del Bosque y un poco abajo. Entre empujones, resorterazos y juegos de espadachines con sus machetes, alegraban su caminar, al tiempo que cargaban sus carros.

Allá arriba desbrozaban, cortaban leña, y la amarraban sobre sus carros y una vez que estaban todos listos, unos con mayor carga que otros por llevar para familias más grandes, se lanzaban loma abajo, sin más freno que el poco juicio que tenían y el grosor de las suelas de sus zapatos y tacones, aplicado sobre las ruedas delanteras de sus carritos.

Platica Toño, sapiente mecánico automotriz, otrora conductor de su propio carrito de baleros: “la mayoría de nosotros nos fracturamos brazos o piernas al bajar por esa pendiente sin fin. No te cuento de las raspadas o de las heridas y descalabradas, que eran lo más común. De cualquier hombre que veas lisiado por esta colonia, asegura que se debe a una descarrilada por la barranca, con todo y leña. Yo mismo tengo este caminar por un accidente mayor con mi carrito. Con el peso de la leña, más el de tu cuerpo, bajando en un plano inclinado como el de la terracería por toda la barranca, no hay qué te pueda parar una vez que se agujerearon tus suelas al quemarlas, frenando. Es exactamente lo que les pasa a los camiones que bajan hoy día por la carretera libre y parece que no lo entienden. No hay con qué detenerte hasta que te estrelles con un árbol, una roca, o con el fondo de la barranca. Porque entonces no había casas ni muros en toda la loma. Éramos nosotros solitos conduciendo los carros con nuestros delgados brazos y los zapatos desgastados”.

### Carrera nocturna

Serían quizás las dos de la mañana, cuando nos despertó el escándalo de una rapidísima carrera sobre nuestra calle, a la que hacían eco magnificado, cada una de las paredes de sus casas. Era zancadas largas y golpeadas, apuradas,

hasta que desaparecieron repentinamente sin bajar para nada su velocidad. No había lógica en ese tránsito al silencio.

Enseguida se oyeron un par de patrullas tras el corredor y la bajada de sus ocupantes, vociferando para dónde se habría escapado el que huía de ellos. A los diez minutos de búsqueda fallida, por el borde de la barranca donde terminaba nuestra calle y el terreno de nuestro vecino contiguo, los policías se fueron sin pista del hombre.

“Se habrá escapado”, fue el comentario entre vecinas y vecinos, a la mañana siguiente. Nadie pudo explicar con claridad que las zancadas se hayan dejado de oír tan de repente, salvo por una vecina que mencionó el cambio del concreto a las yerbas y tierra de la ladera, por donde debió desaparecer el escapista.

Hasta el tercer día después de esa reunión vecinal, fue cuando doña Lucina, anciana que traía diariamente leche montada en su jamelgo para sus clientes de la colonia, nos avisó:

- Hay un hombre tirado a media barranca, casi no se mueve, ni habla, pero me hizo señas.

Ella venía bajando a las siete de la mañana por la ladera opuesta a la que habitamos, cuando vio que al hombre le movía los brazos, ahí, recostado entre matorrales, treinta metros debajo de la orilla de la calle, de los setenta de profundidad que tiene la barranca del Tecolote.

Una comisión de vecinos, amarrados por la cintura y el torso con lazos, lo fue a encontrar fracturado de una pierna. Los recibió desconfiado, temiendo que lo fueran a denunciar. Llevaba tres días con sus noches en silencio, sin comer ni beber, creyendo que podría recuperarse por sí mismo, tras su inevitable salto, por la imparable inercia de su carrera.

Su mujer encontró ayuda también para bajarlo en camilla, por los 150 escalones y recodos hasta llegar a su casa de madera de embalaje y cartón, ubicada más adelante sobre la misma pendiente.

## Neto rico y pobre

A los seis años, Ernesto hizo su primera visita sin nuestro acompañamiento, a sus primos de la ciudad de México.

Regresó contento a los tres días, por todo lo que había visto y aprendido, por todos los juguetes que pudo conocer y experimentar. Su primera reflexión ante nosotros fue:

- Somos pobres. Mis tíos son ricos.

A los pocos días, hicimos junto con otros niños del barrio un paseo a la loma de enfrente, bajando por la barranca del Tecolote, y subiendo hasta llegar a la siguiente.

De ida como de regreso, Neto iba atento a todo a su alrededor, a las formas de ser y vivir en la barranca por sus cientos de pobladores. Al llegar de vuelta a casa, comentó:

- Somos ricos, somos muy ricos.

## Don Porfirio, el cacahuatero

Don Porfirio pasaba tres veces a la semana frente a nuestra casa, ofreciendo afable sus cacahuates. Tocaba la puerta insistentemente, sabedor de que éramos sus clientes y habríamos de comprarle al menos una lata. Eso sucedía entre semana, porque descansaba sábados y domingos, en que sólo venía a misa.

Tendría él según calculo, unos setenta y cinco años por ahí del 1985. Era recio, correoso, caminaba muy erguido con su bolsa de yute que colgaba sobre su cuello, en la que cargaba los cacahuates, un par de latas de sardina, que la hacían de sus medidas, y bolsitas de plástico para despachar a sus marchantas y marchantes.

“He sido campesino toda mi vida, pero mis hijos ya no me dejan labrar más el campo, según ellos estoy muy trabajado”. Lo decía mostrando sus fuertes brazos y con mirada resplandeciente, casi pícara, de gran inteligencia. Mientras

conversaba me regalaba unos cacahuates, para departir y continuar en el tema.

“Me moriría de no hacer nada, ahí nada más viéndolos hacer a ellos. Por eso decidí venir seguido a esta colonia a vender mis cacahuates. Así visito a las gentes. Unas me dan un vaso de agua y platicamos, otras me dan un taco y platicamos. Otras conque me saluden y ya con eso me siento vivo, que tengo con quien saber de este mundo y quien pruebe mis ricos cacahuates.

Su rostro enjuto era de una piel muy asoleada, prieta y brillante. Había perdido gran parte de su dentadura superior, de manera que su labio se pegaba a las encías, dándole apariencia de tener edad mayor a la suya.

“No necesito vender, lo que necesito es hablar y que me hablen, eso me pone contento. Pero vender me da el camino para conocer a las personas y sus maneras y para hacer amigos. Después de platicar ya luego me regreso a mi ranchito, allá dos barrancas después de ésta. No necesito caballo ni bestia que me traiga, pero tenemos uno para la siembra. Para ir y venir tengo estas piernas, que me llevan a donde yo quiera y me regresan a guardarme ya en la noche. Si son fuertes, se debe a que suben y bajan ágiles por todas estas barrancas”.

## Vencejos

Al estar por irse el sol, en la tarde–noche de todos los días y desde tiempos inmemoriales, sobre la barranca del Pollo, la parvada de vencejos empieza a reunirse dando vueltas para arriba y abajo, a la altura del Salto de San Antón. Andan paseando, y a cada vuelta que dan en sus alturas, se les van reuniendo más y más parientes que regresan de sus andanzas por la ciudad de Cuernavaca.

Los vencejos son similares pero no parientes de las golondrinas, y de mayor tamaño que las que suelen anidar en la ciudad, con la diferencia notable de que no migran como las otras y de que éstos duermen como los murciélagos, boca arriba, dentro de la cueva de la Cascada de San Antón. Eso nos asegura Poluqui, artista y biólogo, pintor de los prodigios de nuestras barrancas. Además, tienen cuello blanco, muy elegante, y suelen ser liderados en el vuelo de despedida del día, previo a su sueño, por un macho de mayor tamaño que el resto.

Suben y bajan, dan vueltas y vueltas quizás durante veinte minutos y cada vez más, al pasar, se oye cómo rompen con su vuelo el aire y se alcanza a ver cómo logran con destreza, evitar el contacto de unos con los otros, esquivándose con suma gracia, a gran velocidad.

De repente, a punto de oscurecer, el líder decide que es hora de acostarse y garigoleando en el aire, enfila por toda la barranca rumbo a su lecho colectivo. El resto le sigue en raudo vuelo y de consuno, en segundos, dejan todos otra vez en silencio y deshabitada de su vuelo a la barranca.

¿Cómo le llamarían los Tlahuicas a los vencejos? ¿Qué leyendas nos habrán dejado de sus empeños colectivos?

## Pancho el carpintero

Nos hemos cambiado a esta casa que se encuentra en obra negra. Está sin cortinas y desde la calle se puede ver hasta el interior de las recámaras. Eso

nos decide a encargar las puertas a un carpintero del barrio por lo que pido a mis vecinos me recomienden alguno.

Llego a su casa y desde que toco su portón, se oye su radio con la voz inconfundible, acentuada aquí y allá también, de don Tomás Mojarro, con el programa *El Valedor*. No conozco al carpintero, pero este es mi primer signo de confianza hacia él, escuchar a ese sencillo y tenaz educador.

Abre y me saluda. Me pasa junto a su banco principal, para conocer mi solicitud de servicios, mientras aleja al perro, a un gato, y retira a su pequeña sobrina que deambula por el taller, en medio de una gruesa capa de aserrines, virutas, trozos y astillas de madera esparcidos por todo el suelo. Ese ambiente y olor a maderas, me lleva al segundo nivel de confianza, como el conversar precisamente sobre el banco de carpintería, como lo hacía mi padre en sus ratos libres.

Me pregunta qué me hizo venir a Altavista. A mi respuesta de la calma y lo poco poblada que la considero, con una sonrisita de quien sí sabe del asunto, me corrige lentamente: “Altavista no es lo que ves arriba de la loma. Ahí no hay más de dos mil personas. En las laderas de las barrancas, hay cuatro veces más pobladores. Esa es Altavista, ahí no hay tal calma, sino apuros, hambre, desempleo y falta de agua”. Tomo su clase de sociología y demografía y hago mi pedido doméstico.

En la conversación, surge el tema de los idiomas que estudia temprano a diario por Radio Educación y de las actividades culturales a las que asiste en el centro de Cuernavaca, de las que pocas se pierde si son en sábados o domingos, y ninguna, si son de danza. Al terminar, casi para salir de su casa, me entero de que toma clases de danza, es asiduo estudiante de un taller y conoce a profundidad a las compañías nacionales de danza y ballet, ahí entre garlopas, formones y escofinas, que van dando forma a las maderas hasta hacerlas suaves, gobernadas por sus rudas manos.

Dulce, pausada y comprensiva es la voz de Pancho el carpintero, cuya casa está al borde de un despeñadero de la barranca del Tecolote, sobre la colonia Altavista.

# Rincones de Cuernavaca

## Cuatro versiones de la llegada y despedida de José Feliciano a Cuernavaca

Primera versión, extraoficial

“A mí nadie me espera, lo mismo que a usted”. Canción

En el clímax de su carrera como intérprete de la canción latina, José Feliciano fue contratado para el show nocturno de un importante salón de fiestas al norte de San Juan. Días antes estaba totalmente vendida la taquilla de más de 500 asientos disponibles, con sus respectivas mesas. Los habían comprado fanáticas y admiradores de todas las clases sociales; mujeres enamoradas, expertos rockeros y gente que cantaba sus canciones en la regadera, en los bares, o las pedía en cada fiesta familiar acompañadas de un trío de guitarras con requinto.

Estaban también ahí mesas apartadas en primera fila por políticos, empresarios y comerciantes al por mayor, incluso de los estados vecinos de Guerrero y Puebla. Tenían reservadas las sillas inspectores municipales de alcoholes, inspectores sanitarios y por supuesto guardianes del orden ciudadano, quienes habían recibido su “invitación” puntual, en mesas de la segunda fila.

A las 9 pm, hora en que debía empezar el show, todos los asistentes se encontraban ya en sus mesas. Los más precavidos habían llegado desde las ocho y media y llevaban un par de cubas de delantera. Los meseros estaban en apuros, distribuyendo aquí y allá jaiboles, wiskis, tequilas y submarinos. Aquello hasta el momento era un auténtico éxito para la empresa organizadora, como para el público, con las expectativas ardiendo, en la inminencia de ver a su gran ídolo tan invidente como galán.

Pasada media hora, ante los chiflidos de los más urgidos por conocerlo, unos, por escucharlo y verlo otras, el presentador tuvo que tomar el micrófono para anunciar que el invitado estrella “venía un poco retrasado”, por la gran afluencia

los fines de semana desde el Distrito Federal hacia Cuernavaca y por el fuerte aguacero que había caído a cubetazos en Tlalpan.

La noticia calmó al respetable y fue excelente excusa para que los más ahorradores y prevenidos ordenaran botellas en lugar de seguir copeando, mientras los de menores recursos empezaron a chiquitear sus tragos, en espera de que les alcanzara su presupuesto para una noche que se hacía larga.

A las diez en punto volvió la rechifla, y con más intensidad a las diez y media, ya unánime. Nadie cuidó la compostura a esa hora. Mujeres y hombres estaban desesperados y cada vez más desentonados y airados por las bebidas que adelantaron. Los únicos contentos eran los concesionarios del bar, que veían crecer incesantemente sus ingresos, mucho más allá de lo previsto, aún antes de empezar la función.

Entonces no había teléfonos celulares y los más precavidos o temerosos, salieron a llamar por teléfono a la caseta y a la oficina del salón, avisando unos a sus esposas que llegarían un poco más tarde y otros a sus amantes, invitándoles a venir, pues aún alcanzaban a llegar, aprovechando los boletos que les habían regalado sus amigos “regañados” que estaban saliendo con todo y sus queridas. Todo plan se había trastocado por tan larga espera.

Fue hasta las 11:15 que hizo su entrada por el pasillo un par de gigantes fortachones de traje negro que llevaban en vilo al artista, para no retrasar el inicio del concierto, ante su paso inseguro. Los aplausos fueron creciendo a su vuelo, inundando el recinto y logrando disipar los sinsabores de la larguísima espera. Más de una admiradora trató de acercarse a tocar su traje y las más atrevidas a tentar sus nalgas (“las tiene muy fuertes”, dijeron algunas), en medio de la confusión y el alboroto.

Los gigantes con su invidente carga subieron al estrado y depositaron al artista junto al asiento inconfundible del cantor. Los músicos acompañantes llegaron enseguida, abriendo las cajas de sus preciadas guitarras, bajo, y percusiones.

Entonces, mientras el famoso cantante arreglaba su fina ropa frente al admirado público que aún le aplaudía, un irritado asistente, trastabillando, subió



al estrado y llegando ante él, vació su largo y helado vaso de cuba sobre el cuello y pecho del indefenso Feliciano.

#### Segunda versión

“Búscame, con el deseo ardiente de pecar”.

#### Canción

Yo tenía un novio que trabajaba de inspector de bares en el Ayuntamiento. Consiguió para nosotros una mesa casi pegadita al escenario desde donde pudimos ver todo el espectáculo. Casi tocábamos a José Feliciano, era muy guapo y divertido. De no ser por mi novio, me subo y le planto un beso en la boca. De verdad sí se me antojaba morderle sus labios carnosos, siempre he sido su fan y me arrepiento de no haber hecho lo que aquellas muchachas que le tocaron todo todo por detrás.

#### Tercera versión

“No vale la pena”.

#### Canción

Nos juntamos tres parejas de amigos para ir a verlo. Llegamos tempranito, presionados por mi compadre Luis y su esposa Licha, quienes se sabían todas sus canciones y no podían perderselo. Feliciano nunca había venido y creo que nunca volvió. La cosa es que de inmediato pedimos la primera botella de ron y pronto la acabamos. Las señoras no tomaban. Nos empezamos a poner alegres. El tipo no llegaba y pedimos la segunda botella. El show llevaba más de una hora de retraso y nos acabamos la segunda botella más rápido que la primera. Vino la tercera e igual. El presentador con una voz que no pude tolerar, pretendió excusarlo por retrasos en el tráfico. Total que llegó hasta dos horas después cuando ya nos habíamos puesto cuetes y enfadados por tanta falta de respeto al público. Así que apenas lo vi, me fui sobre él y es tan delicado el dandy que no aguantó una broma que le hice para reponerme del daño que ya nos había hecho. Me sacaron unos guaruras del salón. No supe

más del asunto por la madriza que me dieron unos culeros allá afuera. ¡Que no vuelva de Miami la señorita incumplida!

#### Cuarta versión

“Mozo, sírvame la copa rota, quiero sangrar, gota a gota”. Canción.

Yo estaba en friega, mesereando, con el garrotero detrás de mí porque no nos dábamos abasto, cuando de repente todos se pararon gritando “¡nooooo!”. Volteé hacia donde ellos miraban y vi clarito a Feliciano parándose como si tuviera una víbora coralillo entre el saco y la camisa. Se desabotonó rápidamente y empezaron a salir los hielos y el agua helada que le había entrado. Enseguida se lo llevaron en volandas un par de guaruras a cambiarse de ropa, mientras el presentador por quinta o sexta vez trataba de calmar al público por los retrasos “debido a causas ajenas a la empresa”. Según me dijeron luego, un bruto le había aventado su vaso entero al pecho por llegar tarde. Mientras, al culpable se lo llevaban del cogote unos señores, y en su pataleo, iba dejando sus zapatos por el piso.

#### Complemento de la primera versión.

“Y en la cantina este grito, a todos estremeció”.  
Canción.

José Feliciano regresó al escenario con ropas limpias en su tercer viaje por los aires, cargado nuevamente por aquél par de gruesas palmeras. Se acercó al micrófono, arremangándose con especial esmero el saco para hacer más visibles las mancuernillas doradas de su camisa y esto demandó en su castellano portorriqueño:

- Pero díganme ¿dónde está el infame que me empapó?

El grito fue unánime: ¡ya se lo llevaron! Él continuó, apuntando con su brazo totalmente extendido hacia arriba, su muñeca con pulsera de oro muy visible y su dedo índice vibrante y amenazador:

- ¡Pues que vaya y chingue a su pinche madre!, como dicen ustedes los mexicanos.

Su grito de combate fue aplaudido por casi todo el público que volvió a aclamarlo, ahora con carcajadas.

- Sí, lo repito, ahora con más coraje y grítenlo a coro conmigo: que vaya y chingue a su pinche madre, como decimos todos los mexicanos ante una traición como esa.

El público en pleno jolgorio, le hizo coro, excepto dos mujeres de una mesa, cuyos maridos habían salido junto con la esposa, a proteger al agresor.

El show duró dos horas sin parar, en compensación por la espera. A su término, José Feliciano se despidió apoteóticamente, preguntando por el agresor, y mandándolo a coro con el público, ya encarrerado, por tercera vez allá mismo, a la dicha madre.

## Amando en la calle

Fue mi padre quien me hizo reconocer éste lugar único de Cuernavaca, a la vez humilde y llamativo, diminuto y memorable, identificador de un acto público e imperecedero de amor.

Ahí está a nuestro paso, en la base de un poste gris cualquiera de concreto, a la orilla de una de las pocas banquetas planas de la ciudad, sobre la calle Melchor Ocampo, casi al llegar al puente del túnel. Se trata de un mínimo sitio ocupado por un bouquet perennemente renovado de hermosas flores, que infalibles, jalan la vista y retan nuestra prisa con preguntas que se repiten a cada vuelta por el rumbo: ¿que hacen ahí esas lindas flores apenas protegidas por el poste? ¿quién las habrá puesto? ¿a qué horas las renueva?

Han pasado años que me deleito con ese hermoso sitio del paisaje urbano cuernavacense sin detenerme a contemplarlo de cerca por la más nimia excusa.

Hoy es el día, no me resisto, rompo la inercia de seguir adelante y me paro a oler las flores, a sentir de cerca su tersura, y a leer lo que las prisas me impedían aprender. A mis pies, oculta detrás se las siempre radiantes flores, ahogada en la base del poste, está una cruz metálica con la declaración de amor perpetuo de una madre por su hijo muerto en plena juventud. Su mensaje vivo, el de las flores que nos regala diariamente a la vista, nos deja claro lo aparentemente imposible. Ahí, entre el rudo concreto y los tonos más grises y desvaídos de la ciudad, florece colorido el amor materno, dándose día a día, convirtiendo en prodigio un lugar cualquiera, deslumbrando en público con el más desinteresado amor.

## Guayacán

Desde diciembre estoy esperando que llegue febrero para pasar adrede por el nacimiento de la calle Cuauhtémoc, la que surge de Madero, para deleitarme con la despampanante vista de tres delgados y majestuosos árboles que se

preparan todo el año para en estos meses regalarnos sus brillantes flores. ¡Vengan a disfrutar el encendido amarillo del soberbio guayacán, que pasma a transeúntes y choferes!. Sobre el fondo azul celeste invita a dejar en el armario los lúgubres colores invernales para portar los colores atrevidos de la flora que revienta de vida sin fijarse en el qué dirán.

Pasan unos días en que reina solitario el guayacán, alfombrando de amarillo la calle, cuando un par de apuestos palos de rosa le salen al quite recordándonos, presumiendo, que estos son sus dominios y sus tiempos. Esta terna con su fondo celestial, por unos días se convierten en una joya de nuestro museo callejero, a la vez que perecedera, no registrada aún como patrimonio de la ciudad, que espero sus propietarios legales nos conserven.

Ha valido la espera de todo un año. En medio de la temporada de secas estos cumplidos y elegantes árboles hacen habitable nuestra ciudad, la visten de gala, la hacen sorprendente, intentando compensar el opaco y predecible horizonte de pavimentos y concretos.

Queriendo asirme de la ciudad, voy apropiándome de sus rincones, mientras me cuido de tropezar por sus nanobanquetas y de que me arrolle con arrogancia su otra majestad, el auto.

### Rosendo, el dandy

Rosendo, alias *el dandy*, para evitar ser cagado por los tordos que anidaban en el zócalo de Cuernavaca, volteó hacia arriba, y le zurraron los ojos.

### La repartición de tierras en Altavista

Cuando estuvo lista la obra negra de nuestra casa de Altavista, con sólo la barda trasera y ninguna al frente ni al lado, me puse a recuperar cuanto ladrillo cuarterón quedaba utilizable de un cuartucho derruido de una obra previa.

Ahí estaba en el solazo levantando con suma precaución las piezas, alerta a las nidadas de alacranes que abundaban en el lugar, cuando llegó mi vecino del terreno trasero acompañado de cuatro de sus parientes y amigos, a reclamarme el haberme metido en su lote al levantar la barda colindante con él.

- ¿Que usted regala tierras y bardas?– fue la expresión burlona de su amigo, implicando que la barda que había terminado para mi casa se la iban a apropiar, por estar en su terreno.

Trágate esta puya– me dije al verme en minoría, temeroso de haber fallado en el levantamiento de los límites entre nuestros lotes.

Les propuse medir conforme a mis escrituras y las suyas, lo que empezamos a realizar entre todos, con las burlas constantes de su parte.

Terminamos la primera medición y resultaron acertados mis linderos.

–No puede ser, –dijo el primo más agresivo– seguramente medimos mal.

–Volvamos a medir– les propuse más animado.

Ahora se portaron más meticulosos en las medidas, que hasta quisieran haber traído un nanómetro. Con la subida de sus nervios, iba subiendo mi confianza. Libré nuevamente la segunda medida.

Ante el desconcierto de mi vecino y el sudor de sus compinches, le dije con total seguridad que sentía por la saliva que había vuelto a mi boca:

–Si gustas midan una tercera vez.

Ahora su actitud fue de quien pide un favor.

–Sí, por las dudas– contestaron.

Dejé que entre ellos midieran, cuidando que no me hicieran chanchullo. Mientras muy solícitos se ocupaban del último estirón de la cinta métrica, de cuclillas discretamente recogí un puño cargadito de tierra.

Terminaron de medir, sin saber qué hacer, no me querían dar la cara. Me les acerqué y les dije muy cortés:

–A ustedes les consta que no me metí en su terreno, pero aquí estoy a sus órdenes por si se les ofrece otra cosa.

Quise entonces despedirme de mano empezando por el más burlón, diciéndole:

–Tengo para repartir esta tierra –mientras se la depositaba en la mano que me extendía para despedirse–. De tener más se la daría.

Seguí saludando firmemente de mano al resto, terminando amigablemente con mi vecino, sin darles tiempo a reclamar más tierras.

### Casino de la Selva

Llegó en el autobús de las 20:00 horas a la terminal Casino de la Selva de Cuernavaca. Bajó con cuatro bolsas colgando de hombros y brazos, arrastrando una maleta. Él no estaba ahí a su llegada, por lo que deambuló sin consuelo por minutos entre unas sombras desesperadas y otras urgidas por irse.

Vagaba ahora una ristra de bolsas y maleta, siguiendo a una mujer en derrota.

Entonces apareció él por la puerta principal, y cada una de las bolsas fueron cayendo de sus brazos, desparramadas en líneas paralelas. Se encontraron en un abrazo intenso, interminable.

Uno tras otro fueron llegando los autobuses de las 20:10, las 20:20 y las 20:30. Ellos seguían trenzados, dejando oír a su alrededor leves murmullos y sollozos, que más y más los apretaban.

Los testigos de tan ceñido encuentro, no pudieron contenerse más:

- ¡Eso es romance!– dijo una treintona.
- Eso fue antes un abandono– replicó una mujer cargada de años.
- Eso es contar dinero en medio de los pobres– agregó con mirada esquiva, un envidioso joven.

- Eso es perder el tiempo en mimos, ¡deberían pasar a la acción aquí mismo! –animó fogosa una veinteañera, mascando chicle.
- ¡Mucha ropa! –agregó un defeño.
- ¡Déjenlos en paz! Tomen a su pareja, estrújenla con el corazón antes de que se les muera –cerró la plástica con pasión una anciana, que miraba dentro de sí.

Para entonces, de aquel enredo frondoso de piernas, raíces, torsos, troncos, brazos, ramas, manos y hojas que formaba la pareja, apenas se diferenció un perfil, en que frentes y narices se besaban.

### Tres Marías

Caminaba por la calle Hidalgo de Cuernavaca, muy cerca de la Catedral, cuando me di cuenta que me sobraba media hora para llegar a un concierto en el Centro de las Artes.

"Tomaré un refresco mientras tanto", pensé, volteando a ver hacia los cafecitos adyacentes. Ahí estaba una nevería, solitaria a las cinco de la tarde. Entre y escogí una mesa a medio negocio, con vista al poderoso muro que circunda la Catedral, de cinco siglos, sobre el que Ricardo Modi había tomado primorosas fotos a Sandy y Gina Gómez Villavicencio, voladoras bailarinas locales. A la vista estaban también las capillas La Tercera Orden y de Nuestra Señora del Carmen, para contemplarlas.

- ¿Qué le sirvo?- preguntó el despachador.

Al instante, un dilema sobrecogedor me poseyó, pues ahí advertí que estaba en una nevería, con derecho por primera vez en mi vida, a escoger más allá de dos bolas de nieve. No podía contestar. Una moral cincuentenaria dominaba sobre mi boca y mi lengua. Se condensaba en la expresión repetida una y otra vez en nuestra infancia: "no nos alcanza para más de una bola para cada uno". Eran mis padres los que justificaban las negativas ante nosotros sus cinco hijos, todos encimados sobre las congeladoras de la Nevería Alaska del



Mercado Tangamanga, en SLP. Eso nos decían mientras yo observaba a una pareja sentada en la esquina, que sorbía simultáneamente un *Ice Cream* soda o bien un *Tres Marías*, decorado y con tres bolas gigantes que me hacían agua la boca.

A esa nevería llegábamos quincenalmente las tardes de sábado o domingo, toda la familia, caminando de la mano por la Calzada de Guadalupe, partiendo del Santuario y regresando a nuestra vasa vecina.

—¿Qué le sirvo? —insistió el joven.

La frugalidad de entonces había impactado en mis siguientes cincuenta años, sin notarlo. ¡Por eso no volteaba a ver el menú al entrar a una nevería! En todos estos años cuando tenía antojo de nieve sólo era capaz de pedir una o dos bolas en cono de galleta.

Voltee a los lados. Estaba solo. Pensé: nadie atestiguará mi atrevimiento de ordenar algo más que dos bolas. El despachador no me conocía. Esta era la ocasión ideal para hacerlo, cincuenta y tres años después de aquellas caminatas por la Calzada de Guadalupe, podría ahora ordenar unas Tres Marías, decoradas, servidas en plato alargado, de cristal.

Le ordené como hubiera hecho un niño: "deme uno de esos", señalando a la ilustración en el menú impreso. Lo esperé con ansias y enorme culpabilidad. Justo cuando estaba ya ante mí aquel portento de nieve en mi mesa, vi, sobre la acera de enfrente, a los que no podían darse ese lujo, a los que luchaban día a día por su única comida. No podía con mi pasado.

# Crónicas por Morelos

## Cuidado con los paquetes que reciban de desconocidos...

Sólo voy a la oficina de correos cuando me envían un citatorio de esos necios de Hacienda, que persiguen con especial encono a los asalariados, no a los millonarios, sus consentidos. De hecho pasan años para que reciba algún envío de cualquier otro tipo. Como sospecho que el tercer citatorio recibido es de Hacienda, me presento en Correos.

Llego de mala gana y de suerte que aún tenían un paquete todo desgarrado, con mi nombre apenas legible, en lo que resta de envoltorio. Me lo entrega la empleada con la puntita de los dedos, temerosa de quemarse o mancharse, pues asegura que tenía un líquido que salía de su interior y que pareciera contener dos envases que se rompieron, de las que apenas entre los mechones de borra que no las pudo proteger, se advierten como dos tapas.

–No se deben enviar líquidos, está prohibido– me advierte como si fuera yo el remitente, mientras dudo recibirle el sobre, asaltado súbitamente por tres flashazos imaginando al enemigo que me lo ha enviado: zutano que me odia...mengano que tuve que reportar por volarse una compu, perengano...

En los hechos, ella me obliga a recibirlo, no hay posibilidad de huir.

Se lo recibo con las puntitas de pulgar e índice, buscando a la vez un bote de basura para aventarlo sin más exploración, pero no hay ninguno a la vista y debo llevarlo al carro.

Justo antes de meterlo a la cajuela, me atrevo valientemente a ver en su interior con ayuda de una barra de metal, por si me fuera a quemar este preparado químico con dedicatoria. El líquido ahora casi seco es pastoso y ha dejado sobre la tapa una huella como la de...como la de salsa catsup...¿Qué veneno compuesto me habrán enviado esos esbirros vengadores?

Hurgo otro poquito y zás, las botellitas dicen salsa catsup...¡Puta qué imaginación de cabrones, que saben de mis mayores gustos! ¿Quién los habrá enterado de mi gran debilidad?

El olor sí es de mi salsa favorita...Ahora me atrevo a revisar con más cuidado el exterior del paquete todo manchado y pegajoso, buscando el remitente.

Dice USA...estos canijos hasta pagaron a un gringo, para dificultar el rastreo del vengador. Alcanzo a leer: Carolina, ¡Éjele!...Kristy, Rico Ayala, ¡mis primos!

¡Puta, qué susto!

De la diabetes sólo me libra medio litro de tequila, que me empaco para mitigar el susto, y por la enorme pérdida que les comparto, irreparable, de dos preciosos litros de Ketchup, por causa de haber pasado entre manos de insensibles transportadores de valores. ¡Y no de cualquier Ketchup! ¡Ketchup orgánica, señoras y señores!

¡Salud, salud, salud!

## El espanto de la burra “bicicleta”

Don Julio Morán y su familia, incluso su primo hermano de leche –regalado a su madre Doña Julia, siendo bebé–, vivían en el entonces pueblo de Ajuchitlán, casi en los límites con el estado de Guerrero.

Travieso como era el primo hermano, recibió por encargo de Doña Julia, llevarle el almuerzo a Don Amadeo, su marido, quien trabajaba en el campo.

– Sí mamá, se la llevo, contestó muy solícito.

Se subió a “la bicicleta”, como le llamaban a la gran burra en que hacían sus encargos, que se había ganado el mote por los sonoros rechinidos que silbaban por todas sus coyunturas y ahí van por el campo en busca de papá Amadeo.

Bajó de “la bicicleta” y entregó la lonchera con la comida. Don Amadeo se extrañó del magro envío: sólo caldo de res, sin la carnita y tortillas que acostumbraba enviarle Doña Julia. Le comentó al chamaco: se me hace raro que sólo haya enviado caldo, sin nada de carne ni tortillas.

El sobrino entonado pronto le contestó:

–Por el camino se espantó “la bicicleta” con un pájaro, me tiró con todo y mandado y lo único que alcancé a recoger fue el caldito...

## ¡Qué leche, Obdulio!

La selva baja de Morelos, ya en límites con Guerrero, aun en este siglo sigue siendo un prodigio que te envuelve de verdor, cantos de aves y enredos de plantas, matorrales y cactus. Para donde camines, te atrapa con lianas y yerbas, cobijándote, como diciéndo: ¿a dónde va usted?

Eso era también en los años cincuenta del siglo pasado, cuando a falta de caminos vecinales, sólo podía accederse a sus pueblos por veredas para caminantes, caballos y jumentos. Eso me platicaba mi padre, campesino de temporal, con sus vacas pastando por el lomerío de Ajuchitlán, cajas de abejas y sueños de algún día poder llevar a vender a Cuernavaca la leche que tanto les sobraba a sus vacas y sus mieles perfumadas.

En eso que llega a caballo un tipo requetesimpático, dicharachero, que no dejaba de arreglarse sus largos bigotes mientras platicaba entre los campesinos y ganaderos que iba encontrando a su paso por cuanto pueblo visitaba. Su plática admiraba por los detalles de un novedoso invento de las ciencias. Se trataba de una impresionante troca que atravesaba por los cerros sin necesidad de brechas o carreteras. Era una especie de máquina con patas y ruedas, a la que no le estorbaban los matorrales, el breñal, los arroyos o las barrancas. Se las arreglaba para brincarlas como a grandes pasos, giros y saltos. Ya se estaba vendiendo en Estados Unidos, y en esos días estaba llegando de México.

Como él estaba en arreglos para comprarse una troca de tales poderes, lanzaba su pial a los rancheros con los que se iba reuniendo por los pueblos:

- Quiero afigurarme qué podremos hacer por ustedes si traigo para acá la troca que voy a comprar.

Hasta que llegó a Ajuchitlán. Ahí entre plática y plática, de jacal en jacal, hurgando por las necesidades de sus pobladores, le fue servido un vasto almuerzo acompañado de un gran vaso de leche, de la mejor leche de las vacas de Obdulio. Su contento fue mayúsculo, lo cantó mientras le goteaban por los bigotes densos hilos blancos:

- ¡Qué leche, Obdulio! ¡Imagínate si vengo con mi troca todas las mañanas para llevar la leche de estos ranchos a vender hasta Cuernavaca! ¡Todos se harán ricos!

Los campesinos y ganaderos que lo escucharon murmuraron con asombro ante tan inesperada oportunidad, única, empezando a recuperar viejos sueños e ilusiones. No faltó uno que le preguntó al visitante:

- ¿Y cómo le vamos a hacer para que traiga su troca todos los días?

El tipo estaba sorbiendo un largo trago, parecía no haber escuchado la pregunta.

- ¡Pero qué leche, Obdulio!

Insistió el campesino:

- ¿Qué hay que hacer entonces para que su troca pase a recoger la leche y las mieles?
- Es muy fácil, organícense para que todos los días a las 6 de la mañana tengan lista la leche, para que no nos la dañe el sol. Aquí llego tempranito y nos la llevamos. Al siguiente día les traigo sus ganancias, y así todos los días. ¡Pero qué leche, Obdulio!

Obdulio, picado de la cresta, tomó la iniciativa.

- Entonces estaremos listos para el próximo lunes, a las 6 de la mañana con nuestras garrafas, sin falta.

El visitante los sintió preparados para cerrar el trato:

- Si me entregan cada uno de ustedes veinte litros diarios, calculo que sus ganancias serán arriba de mil pesos cada dos meses. Para traer la troca necesito que cada uno de ustedes me dé 500 pesos, así juntaremos 15,000 pesos con lo que ya me dieron del pueblo vecino. No es nada 500 pesos comparado con las ganancias que obtendrán por año. ¡Qué leche, Obdulio!

Se vieron unos a otros con ojos brillantes y preocupados. Quinientos pesos equivalían a dos reses medianas, no era poca cosa y sí un ahorro importante para ellos. Asomó la duda en algunos, él se dio cuenta.

- Si no se animan, me arreglo con el siguiente pueblo. Yo estoy listo para venir con ustedes el siguiente lunes. ¿Cómo ves, Obdulio?

Obdulio se quitó el sombrero para rascarse la cabeza, dándose unos segundos para contestar:

- No vamos a dejar ir esta oportunidad que nadie más nos ha dado. Señores, saquen sus guardaditos y tráiganlos de inmediato. Ajuchitlán hará que llegue esa troca el próximo lunes.

Dijo eso y fue al fondo de su casa a traer el dinero. Siguiendo su ejemplo, los demás invitados se dirigieron a sus jacales para aportar su cuota. Ajuchitlán no se rajaba ante tal reto que estaba a la vuelta de la loma resolver.

Terminó el almuerzo, el tipo distribuyó para despedirse dobles abrazos con manotadas sobre las espaldas de los entusiasmados campesinos. Agradeció especialmente a Obdulio y a su señora el almuerzo, como la calidad de su leche y subió triunfante al caballo, con los fajos de billetes en las alforjas.

Cuando estuvo a punto de desaparecer de la vista, para siempre, les alcanzó a gritar:

- ¡Nos vemos el lunes! ¡Pero qué leche, Obdulio!

## Mathias

Mathías, niño europeo con raíces mexicanas, pidió una tortilla en el mercado de Tepoztlán, ahí donde en fines de semana cientos de personas se sientan entre las puesteras de tacos de tinga, cecina, huitlacoche, chapulines, flor de calabaza, hongos de casahuate y demás primores para el paladar.

La despachadora le preguntó cariñosamente: ¿de qué te la doy *mijo*? Mathías, nuevo adicto al maíz, con gesto de "ni dudarlo", eligió cantando, el mejor relleno: "pues de aire".

Y tal comió envuelto, y tal gozó, con presunción.

## Jaime, acordeonista de Cuautla, Morelos

Jaime andará por los veinte años. Es moreno, de pelo negro, viste ropa muy sencilla, casi oscura, que en la poca sombra que resta a mediodía de una esquina del zócalo de Cuautla, lo hace pasar desapercibido.

Mientras está parado, su movimiento giratorio, rítmico, de cintura y brazos, contrasta con los giros de su cabeza que parece seguir hacia los cielos el vuelo de las palomas, para de repente virar hacia los lados, siguiendo con sus oídos el paso de apurados transeúntes.

Acompañado del acordeón, toca alegres canciones norteñas y rancheras. Junto a sus pies reposa un cartón en el que los caminantes depositan una que otra moneda.

–¿Es difícil en este tiempo ser músico en las calles de Cuautla? –le pregunto.

–Pues como siempre, unos días me va mejor, otros no tanto. Lo más duro es cuando se descompone mi acordeón y no tengo para ganar dinero. Así no hay quién me dé trabajo.

–¿Qué haces cuando se te descompone?

– No más esperar a que me lo arreglen, yo no sé componerlo. La última vez que se descompuso, pasaban y pasaban semanas y el técnico no me lo arreglaba. Yo le decía que era una urgencia, ¡yo vivo de esto! Pero no lo arreglaba.

–Y, ¿cómo lo resolviste?

–De tanto insistir hasta que me lo entregó. Cobró \$500. Alguien como yo apenas si saca unos sesenta pesos al día y eso si bien me va. Quisiera que hubiera una escuela donde me enseñaran a componer acordeones, así no tendría que esperar a que me lo arreglaran y hasta ayudaría a otros que mucho lo necesitan. Pero me dicen que en Cuautla no hay de esas escuelas. ¿Usted no sabe de una escuela donde enseñen a ciegos a reparar acordeones?



## Mambo número seis

Don Luis, diagnosticado diez años atrás con demencia senil, sin perder aquél gesto que caracterizaba su frente, bailaba con una de sus cuidadoras en terapia de grupo, a paso de octogenario. Subieron el volumen a la música, para alegrarlo más, dada su creciente sordera. En eso, se detuvo diciendo a su cuidadora:

–Tengo otro hijo.

Ella, conociéndolos, los fue nombrando uno a uno. Él repetía a cada nombre:

–No, aparte.

Son todos, terminó ella.

–Se llama Luis –completó él.

Entonces, en plena paz con el mundo, volvió a sus pláticas inconexas y bailando a ritmo de danzón, desapareció aquél gesto que le atravesaba los últimos cuarenta años de su vida.

## Amarillo, ¿verdad?

Era el día de las votaciones para gobernador, cuando grandes expectativas de cambio había en Morelos, como en el resto del país. Cada voto era importante, y Toño tenía que completar mínimo diez votos a favor de su candidato, empezando por los seguros.

El problema era cómo convencer a don Jorge, el padre de Toño, un desmemoriado, y que votara efectivamente por el candidato nuestro. Su esposa dio en el clavo:

– Tu papá será siempre progresista, pero no puede memorizarse un nombre desconocido, menos el de un partido. Nada significan para él. Convéncelo mejor de votar por *el amarillo* y que ésa sea la consigna, ¡el amarillo!

Tal hizo Toño en su ardua labor de alta política, con su papá y mamá, diarios lectores de La Jornada. Una vez ensayado el teatrillo, se encaminaron a la calle de atrás de su casa. Ahí estaba la escuela primaria en que se desarrollaban las votaciones vecinales.

Cuando llegaron había demasiados autos, hasta colocados en doble fila, y camionetas de vidrios oscuros, inusual para el rumbo. Fue todo lo que percibieron, pues Toño estaba concentrado en su gran misión: que sus padres votaran por su candidato.

A pasos de ancianos, llegaron a la fila, primero Don Jorge, luego su esposa y atrás Toño. Nadie más hacía cola en esa sección de votos estatales.

Pasó Don Jorge al tendido en que se votaba, llevado por su hijo, y cumpliendo rigurosamente con la legalidad, ése se retiró unos pasos para que eligiera libremente por su candidato. Pasó su mamá a la respectiva área de votación.

Después de unos segundos, salió Don Jorge del tendido:

– Amarillo, ¿verdad? – preguntó con su vozarrón de profesor como si estuviera ante noventa alumnos preparatorianos que no le hacían caso.

Toño se hizo al que le hablaba el Altísimo, y discretamente asintió con la cabeza. Sintió que alguien ya estaba formado detrás de él, pero no tuvo valor para voltear a ver quién era.

Regresó Don Jorge al tendido y cinco segundos después volvió a salir de él, con la mismísima agria pregunta:

– Amarillo, ¿verdad? – su volumen no bajó un tantito, seguían ahí todos esos alumnos.

Toño volvió a asentir con la cabeza, pero esta vez tuvo que hacerlo mientras comentaba:

– Como tú gustes, papito.

Fueron larguísimos segundos de espera, hasta que salió con su boleta rayada. Toño se acercó a él para cuidar sus pasos mientras lo llevaba a meter su voto a la casilla. Su mamá salía también a hacer lo suyo.

Giraron los tres, y hasta ese momento pudieron ver a quien estaba esperando su turno para votar, en la fila: era el candidato a gobernador del partido en gobierno, rodeado de camarógrafos, fotógrafos y periodistas de todas las secciones políticas de diarios y cadenas locales, con sus respectivos corresponsales de los nacionales. Todos enfocándolo a él, bien maquillado, mientras lo entrevistaban.

Toño sudó frío, tibio y luego caliente. Pensó: con seguridad grabaron todo el espectáculo amarillo que habíamos prodigado gratuitamente.

Con sus papás a los lados, pasaron junto a todos ellos, esperando que desenvainaran sus evidencias digitales del voto inducido flagrantemente, desde sus videocámaras y grabadoras.

Fueron cortos y tardadísimos veinte pasos para salir de esa burbuja mediática, cuyos reporteros, a falta de vista y oído periférico, dejaron escapar, ante sus ojos y oídos, la noticia del día.

Paso a pasito, salieron los tres, seguros de haber cumplido su temerario compromiso ciudadano.

– Amarillo, ¿verdad?

Unos meses después, entronaron al que venía atrás de nosotros, en la cola, quien no era precisamente amarillo.

## Los parientes

Desayunaba con mi pariente Fernando en un restorán de Cuernavaca, esperando la llegada de mi esposa y Nato, su primo político, un ganadero que nos visitaba por primera vez y a quien sólo ella conocía. Entretanto, en nuestra plática, Fernando brincaba de un tema a otro, haciendo gala de tener opinión firme sobre cada uno de ellos: golpeaba con el dedo índice sobre la mesa, justo cuando estaba en el clímax de su argumento. Si le daba mi opinión sobre un asunto, no había yo acabado de hacerlo cuando ya saltaba él reafirmando la suya para cerrar el tema, en definitiva.

Cuando terminamos de desayunar, por fin llegaron mi esposa y Nato, justo cuando Fernando tenía casi que retirarse para trabajar en su despacho de abogados. Nos presentamos y luego ellos permanecieron sentados mientras mi esposa y yo nos encaminamos a la caja a pagar los desayunos. La caja se había descompuesto unos momentos antes, por lo que nuestros parientes tuvieron escasos cinco minutos para platicar entre sí, por primera vez. Le dije a mi esposa: ni modo, ya habrá otro día para que se conozcan mejor.

Pagamos y los llamamos para irnos cada uno a lo suyo. Nos despedimos, concertando una siguiente cita para convivir entre todos. De camino a nuestro auto, Fernando me llamó aparte hacia el suyo, “para darme un recado”.

En voz baja, muy preocupado, me alertó:

- Cuidate de ese Nato, te lo digo yo que he tratado con tanta gente difícil, defraudadores y timadores, con potentados y mafias empresariales, con gente mañosa y cabrones de toda ralea. Su mirada es muy dura, no le des ni tantita confianza.

Fue todo lo que me dijo y se retiró. Me pareció uno más de sus juicios fáciles, nada más por hablar, sin fundamento. ¡Apenas si tuvo unos minutos para platicar con él!

Regresé a nuestro auto. Se habían ya subido mi esposa y Nato. Apenas entré, éste me habló desde el asiento trasero, con su débil voz:

- Oye Miguel, aunque tú no lo sepas, y poco o nada me conozcas, yo los estimo mucho a ustedes dos. No te molestes por lo que te voy a decir. En mis negocios he tratado con gente bruta: zorros y lobos, marrulleros y auténticos truanes. Los tengo bien medidos. Sé cuándo echarles un pial para amarrarlos, cuándo golpearlos con la cuarta para ahuyentarlos y cuándo aventar al aire un plumazo para que ni se acerquen. Sé lo que te digo y quisiera protegerlos a ustedes dos. Por eso voy a pedirles que se cuiden mucho de Fernando tu pariente. Te lo digo por su mirada, es de verdad para desconfiar.

Sudé frío. De camino a casa, no usé el espejo retrovisor, por miedo a ver la mirada de uno sobre la del otro y a mi esposa y a mí, siendo atravesados en el medio.

En la noche, cuando tomábamos en calma un té, de cara a nuestros árboles frutales, me confesó Nato que estaba como a un mes de morir. Hasta entonces me atreví a mirarlo a los ojos. Su cara era verde cenizo. No se andaría con cuentos en la vecindad de esos extremos de la vida.

# De masajistas y hueseros

I  
Aborrezco los masajes y fácilmente olvido por qué. Para recordar los motivos debo cada vez hacer un profundo ejercicio de recordar no con el cerebro, sino con el cuerpo que los ha sufrido.

Ahí está el primero, recordado por mis vértebras lumbares. Me disponía a jugar un partido de tenis con mi tío Rafael –él siempre tan competitivo–, cuando vio que me contorsionaba ligeramente para calentar esa zona lumbar y preguntó de lleno:

- ¿Tienes algún problema?
- Un terapeuta físico me ha dicho que mientras no cambie mi revés a dos manos, con el que giro toda mi cintura, no dejaré de padecer de dolor y torceduras en las lumbares.
- Ahorita mismo lo curo, mi amigo. Mi mamá Concha me hizo quiropráctico desde muy joven, verás que te hago sentir bien en un dos por tres.

Lo dijo convincente, como todo un experto. Yo sabía para entonces que en su vida había ejercido diferentes profesiones y que sabía de esto y de aquello. Di por creerle mientras me ordenaba a su modo:

- Recuéstate en el pasto boca abajo, ahora mismo te curo.

Ambos dejamos nuestras raquetas y el bote de pelotas a un lado. Yo me recosté y me extrañó que no se arrodillara para darme masaje o acomodarme los huesos. Siguió ordenando desde las alturas, bien parado:

- ¡Relájate! Extiende tus brazos a un lado de tu cuerpo, ¡relájate! ¡Cierra los ojos! ¡Flojito, ponte flojito!

No me gustó nada escuchar esa expresión, típica de las enfermeras que están por inyectarte, pero obedecí apremiado por su voz mandante, cerrando los ojos.

En eso salió por mi boca todo el aire de mis pulmones y quedé sin habla. Imposible moverme, menos gritar para pedir ayuda. Me concentraba en

respirar y averiguar qué me estaba pasando. Una masa ultra pesada me compactaba contra el piso y me impedía mover.

- ¡Flojito, mi amigo, no vaya a moverse! –seguía ordenando una voz que era de mi tío.

¡Ah! Entonces era él allá arriba de mis costillas y equilibrándose sobre mi espina, con todos sus noventa kilos transitando por sus tenis hasta mis espaldas. Daba pequeños pasos hacia arriba, cerca del cuello y regresaba hacia mi coxis. Mis vértebras percutían como quijada de burro en canción huapanguera. Las escuchaba por mis oídos y además por el eco que llegaba hasta mi cráneo.

- Ya merito, amigo. ¡Aguántese! Un poquito más –eso lo escuché pronunciado con un dejo divertido, como que estuviera gozando una jugada maestra.

Yo no paraba de sentir un tanque metálico encima, hasta que cesó el aplastamiento.

Antes de poder reclamarle, tuve que ir recuperando lentamente la respiración, mientras me sentaba y trataba de comprender lo que había sucedido.

- ¿Qué tal mi amigo? ¿A poco no te sientes ahora totalmente recuperado? ¡Párate y te reirás de tus males pasados! ¡Y gratis, no te voy a cobrar! Lo hago de puro agradecimiento porque me invitaste a jugar tenis contigo.

Se había retirado unos metros, previsor de cómo pudiera yo reaccionar. Precaución necia: yo no tenía más fuerza más que para susurrar, aun empleando toda mi energía y aliento, con coraje:

- ¡Pinche tío traicionero!

II

Usar huaraches es una delicia, es como ir caminando sobre la superficie del mar, así de ligero. Tiene sí sus riesgos, como cuando topan tus dedos contra

una banqueta, indefensos. Poco que te distraigas y ya te golpeaste un dedo contra el concreto, causando un moretón, un esguince y hasta una fractura.

Tengo un historial de seis eventos de ese tipo, en esa misma sucesión de gravedad.

La primera lastimadura fue del dedo gordo del pie derecho. Tuve que dejar de hacer deporte, irremediablemente, por una quincena. Desesperado, llegué al deportivo con ánimo de continuar jugando y al entrar, Don Pancho, empleado muy comedido, me recibió afable, al ver que no caminaba bien:

- ¿Qué tiene?

Le conté lo sucedido. Se alegró de inmediato por el día:

- ¡Hoy es jueves! El huesero gringo de la colonia da servicios gratis durante toda la tarde, está a una cuadra de aquí y lo atenderá de inmediato si dice que usted está en horario de trabajo. Yo me encargo de presentarlo, verá que en un segundo lo cura de sus males, así de acertado es en sus masajes.

La tentación de jugar tenis esa misma tarde, ya curado por el huesero, me hizo aceptar el muy sano ofrecimiento de Don Pancho: ¡era a la carta, de inmediato, y gratis!

Fuimos para allá. Una larga fila de más de veinte personas aguardaba pacientemente en el patio de la casa vecina que le prestaban para su servicio social. Bajo un pequeño tejado estaban dos camastros en que se recostaban los pacientes para ser atendidos. Don Pancho, quien fue recibido como persona reconocida en la colonia, me presentó ante el Gringo, con la premura que pedía la ocasión:

- El señor aquí presente está trabajando, tiene una severa lastimadura y urge que usted lo arregle.

El quiropráctico se dirigió a los vecinos, como pidiendo permiso para atenderme antes que a ellos, que habían hecho larga fila:

- El señor regresar a trabajo. Nada más atiendo y después a todos de ustedes de fila.



Lo dijo cariñosamente, sus pacientes asintieron silenciosa y comprensivamente.

- ¡Recuéstate boca abajo! –ordenó su ayudante, pues el gringo atendía a otra persona en el camastro contiguo.
- Tengo lastimado el dedo gordo del pie derecho – advertí al ayudante señalando con mi dedo índice, al tiempo que me acostaba, quitándome los huaraches.

A un lado del camastro, Don Pancho seguía animándome:

- Ya verá que en un momentito sale usted como nuevo. ¡A todo mundo lo deja nuevecito!
- Gracias por todo, Don Panchito –me brindaba una buena oportunidad y gestión.

No me di cuenta que en eso llegaba el gringo a trabajarme. Sus gigantes manos se clavaron profundamente en mi espalda, como diez cuchillos, como veinte, mejor dicho, recorriéndola desde el cuello, bajando por los huecos de mis omóplatos y continuando por ambos lados de la espina dorsal. Mi cuerpo se curvaba defensivamente, sin posibilidad alguna de intervenir con mi voz. Sólo podía tratar de aspirar, deseoso de que llegara pronto hasta mi dedo, allá en el extremo. Siguió bajando por mis costillas, por mis nalgas y piernas, hasta llegar a las plantas de mis pies. Ahí sus cuchillos se convirtieron en buriles a motor, horadando.

- ¡No se mueva! –ordenaba su ayudante. Yo seguía esperando impaciente, que avanzara hasta el dedo lastimado.

Entonces dejó de trabajarme el gringo, retirándose hacia la otra cama. Tomé aire para decirle que todavía no me trataba el dedo gordo, justamente por el que había venido a curación esa tarde. Volteó contrariado para contestarme:

- Usted brincar a todas esas personas esperando. Ya curé una vez usted, no deber curar dos veces. Venir otro jueves para curar dedo.

Mucho más adolorido que como había llegado, ahora por todo el cuerpo, y olvidado de mi dedo gordo, me retiré apoyado de Don Pancho. Él, apenado, se ofreció solícito para formarse en mi lugar el siguiente jueves.

Salí engañado, sin chistar, sabiendo que no tenía derecho a protestar por un servicio no solicitado, habiendo yo mismo simulado que me encontraba en horario de trabajo. Pensé si en mi ropa o en mi cuerpo había leído algún indicio de mi treta, y por ello se había aprovechado para vengarse de la misma, frente a todos los vecinos de la fila que había saltado. Sin duda –me dije–, sería darle doble gozo y venganza si vuelvo para formarme y que me vea haciendo cola de veinte lugares la siguiente vez. No le daría tan enorme gusto. Era mejor tragarme el castigo. Sería preferible ocuparme de las huellas dejadas por sus cuchillos, hundidos por toda mi espalda, y pasar mejor por unguento a la farmacia.

### III

Se llegaban nuestras primeras vacaciones en cerca de siete meses. Con mucho cuidado, Susana y yo nos pusimos a seleccionar a dónde ir, considerando especialmente nuestras inmensas ganas de descansar, darnos nuestros caprichos y ejercer nuestra sagrada voluntad de ocuparnos intensamente en hacer nada.

Por todo eso elegimos Punta Mita como destino vacacional, aprovechando la amorosa invitación que Kristy y Rico nos habían hecho para visitarles a orillas del mar, con un extra, me celebrarían mi cumpleaños sin aspavientos, como era mi deseo.

Hecho: llegamos el día anterior al cumpleaños. La recepción fue de lujo; piscina infinitum, cerveza a mano, el mar y sus pescaditos a tres pasos. Viéndome feliz, Kristy anunció cándida y generosamente su regalo para la mañana siguiente. Era un masaje en mi recámara, por una experta, y al terminar, juegos en la alberca con una bella muchacha, mejor dicho dos, una después de la otra. Mmmmm...expresé reactivamente, omitiendo externar mi aceptación, y sólo esboqué una sonrisa que fue entendida por ella como un rotundo sí. Susana mi esposa estaba sorprendida de lo sucedido antes sus ojos, de mi sí involuntario como de la facilidad con que Kristy lo había conseguido conmigo en materia de segundos. Susana no lo había logrado en

años. Quiero pensar que la sorpresa, con el aderezo de las damas juguetonas, me hicieron caer.

A la hora de acostarnos, Susana me sintió contrariado y quiso suavizar lo sucedido.

– Tienes muchos meses tenso, te hará muy bien un masaje de relajación. Con suerte hasta tu vértebra cervical vuelva a su lugar y desaparezcan tus mareos.

– Mmmm... –fue mi respuesta.

No sabía cómo salir de aquel aprieto, al que me metí justamente el primer día en que empezaría a hacer sólo mis caprichos vacacionales.

Como era de ley, mis amadas prima y esposa, con mi primo, a las ocho de la mañana siguiente me cantaron las mañanitas. Cruzamos luego abrazos y enseguida me avisaron mis primos que tenían que irse a trabajar. Aclararon que me dejaban en casa, podía disponer de ella hasta que regresaran, a eso de las tres de la tarde. El masaje sería en mi recámara. Fueron muy imprecisas sus expresiones “te dejamos en casa” y “regresamos”. Parecían implicar que se llevaban a Susana y que me dejarían solo con la masajista. Pensé: “de ser así, vale probar qué se siente con un masaje privado”.

Hicieron ellos sus preparativos y se despidieron Kristy y Rico, sin llevarse a Susana. Entonces valoré de otra forma su regalo: “no eran tan buenas sus intenciones y el regalo no fue completo”. Mientras llegaban las diez de la mañana, hora en que vendría la masajista, optimistamente me dio por desearme y regalarme “de los males, el menos”, imaginando lo que de siempre había significado para mí un masaje, esto es, el suave paso por cada parte de mi cuerpo de unas manos tiernas, placenteras, relajantes, al grado de ponerme a dormir durante su aplicación. “Ya estás atrapado – me dije–, “ahora déjate hacer, no pasará nada, te han dejado a Susana, así que no hay remedio”.

A las diez en punto entró por la puerta una cama portátil, seguida de una joven diminuta que la empujaba. La cama era a leguas, más grande que la masajista. Me dije: “no tiene fuerza suficiente para cargar ese catrecito, sus

manos han de ser muy suaves”.

Fue directo a mi recámara, seguramente ya había ido antes o tenía instrucciones demasiado precisas. Aclaró que el tratamiento era en trusa y boca abajo. “Ya empezamos”, me dije, siguiendo su coqueta orden.

- ¿Quiere experimentar una fantasía que le encanta a los hombres? –fue su primer pregunta.

Susana estaba en la sala, fuera de nuestra vista y a quince metros de nosotros, sin poder escucharnos por el ruido del aire acondicionado, de modo que no presentí ningún peligro y me dio por aventurarme, como no queriendo:

- Bueno...

– Lo amararé a la cama, por los brazos, manos, piernas y cuello, con cintas negras de cuero y con herrajes tipo hacienda porfiriana. Muchos la llaman la variante “extrema”. Esta es apenas la preparación de la fase boca arriba y requiere absoluto silencio de su parte. ¿Prometido?

– ¡Prometido! –fue esta vez enfática mi respuesta, el interés me fluía líquidamente rojo por todo el cuerpo.

Terminó de amarrarme y encadenarme, mientras yo trataba de adivinar el fragante perfume que la circundaba. ¿Será un ....? Hasta entonces reparé que la única manera de huir sería aventar todo el cuerpo y caer sobre el piso de mármol, desnucándome. Eso hacía más emocionante el juego, como menos elegible el camino.

- ¿Listo?
- Sí –dije, entregándome dócilmente a ella y a sus manos.
- Ahí vamos...

Aplicó sus cremas. Sus manos avanzaron por toda mi espalda chinita, piernas y pies, de una manera tan suave y relajante que poco a poco derribó todas mis defensas antimasaje, las físicas y las mentales. Mmmm, pronuncié, pero no reconocí abiertamente lo que sentía: deleite del abandono de mi cuerpo, que se transformaba en algo cada vez más leve.

Retiró sus manos. Algo que no supe adivinar penetró entonces en mis músculos entre el cuello y el hombro derecho...

– ¡Arrrgggggg!... –aspiré por sentir que me quedaba sin aire y sin voz.

Ella ni se enteró, clavaba aquello pasando lentamente a un lado de la espina dorsal, volviendo a las cercanías del cuello y por las costillas, mis costillas. O debo acaso decir por mis pulmones, así de profundo estaba horadando con tal cosa.

– ¡Ayyyyyy! ¡Ayyyyy! –di por gritar como pude.

– ¿Duele? –preguntó como si nada.

– ¡Ayyyyy! –no podía contestar de otra forma.

Siguió su ruta por todo mi cuerpo. Yo sentía que se recargaba, se le veía más chaparra de lo que era. ¿Qué me estaba clavando? ¡Su codo! ¡La dolorosa punta aguda de su codo! ¡Y con todo su peso!

– ¡Ayyyyy, Ayyyyy – yo repetía deseando que Susana se enterara e interviniera en aquél martirio que nada tenía de juego ni de idílico masaje.

En ese momento no sabía si Susana no me escuchaba o prefería no hacerlo, en complicidad con esta tipa que me agredía impunemente.

– Hay otros que gritan más –comentó la masajista, con descaro, como invitándome a gritar fuerte, pues estaba clara de que no habría consecuencias para ella con mis amarres.

Cuando llegó a mis nalgas tampoco resultó de modo alguno placentero, sino ofensivo. El suyo era sin duda el peor uso que podía darse a tan nobles y blandas partes. Deseé haber comido ración doble de frijoles para vengarme al menos con un poderoso gas, pero ni esa opción tuve, natural, y en legítima defensa.

¿Qué necesidad tenía de punzar las plantas de mis pies con tal lezna? ¿No sabía acaso que es de las partes más sensibles y que lo que se hace sobre ellas afecta hasta el cerebro y cada uno de los órganos? Pero no me daba

oportunidad ni aire para argumentarle, mi garganta sólo sacaba quejas y apenas podía recuperar el oxígeno que se esfumaba con ellas.

– Acabé sus espaldas, ahora lo desamarro y procedemos con el frente, gire poco a poco.

Calculé que sólo necesitaba un segundo libre para tirarla al suelo y golpearla en venganza, con un segundo tendría. Terminó de quitar grilletes y cueros. Mi cuerpo no respondía. Intenté sentarme sin lograrlo. Volvió a ordenar:

– Sólo gire para quedar boca arriba, no tiene que pararse.

No le dije mis intenciones, tampoco pude pararme en el siguiente intento. Era una piltrafa. Pude entonces pronunciar:

– Váyase.

Hizo como si no escuchara.

– Váyase –repetí, con un poco más fuerza.

– Se ha de sentir cansado. Si gusta vengo mañana a terminar el tratamiento, por hoy podemos dejarlo así, mañana sin duda se le antojará el masaje por el frente.

Así de madreando, pensé. Sólo repetí:

– Váyase.

Todavía abrigaba la esperanza de poder reponerme de su agresión. Pero vi entonces claramente sus dedos–punzones, de medio metro cada uno, con los que recogía sus cintas de cuero y las depositaba en su maletita, con sus herrajes porfirianos, para luego desarmar el camastro. Tenía además puntas metálicas tornasoladas de veinte centímetros en codos y rodillas, que espantaban toda voluntad de acercármele para quedar a mano. Una erizo metálico, eso era, violenta aún e incólume, por mi mirada vengativa. No podía siquiera extender mis brazos para tocarla. Me quedaría con el coraje y el dolor hundidos hasta los huesos.

- Su prima tiene mi teléfono, que me llame si se le ofrece –lo dijo muy tiernamente.

Era un tono imposible para un ser tan armado de instrumentos de tortura. En eso entró Susana al cuarto:

- ¿Qué tal mi vida? ¡Prepárate, ya llegaron las dos jóvenes del juego!

Salía la masajista de hierro, cuando yo me echaba sobre la cama, deshecho, volteando hacia la pared y cerrando los ojos por aquella pesadilla de día, sellada en músculos, huesos y tendones.

- ¡Ya estamos listas!

Era la voz a dúo de unas preciosas jóvenes, sin pelota, sin red, sin juegos de mesa, que habían entrado hasta la recámara. Eran guapuras en mínimos bikinis.

Sólo pude voltear hacia Susana, como preguntando lo irremediamente deseable: ¿es esto verdad? ¿Me dejarás solo aquí con ellas, nuevamente?

# El negro Morales, beisbolista y navista potosino

I

Gran pítcher de velocidad y control como era, tenía por diversión acercar la bola al pecho y a la cabeza de los bateadores, provocándolos, y a más de uno metiéndoles miedo, buscando el punto hasta que alguno se defendía con reclamos a gritos o aventándole el bate. Él estaba preparado para responder con los puños, ante la rayada de madre del bateador o para esquivar el bate de encino. Parecía feliz con que le buscaran pleito, sonreía mientras sus compañeros de equipo se preocupaban por los trancazos que vendrían y por el peligro de las patadas con *spikes*. A él le encantaba el flujo creciente de adrenalina conforme se calentaba el pleito, de hecho ése era el clímax de su juego.

–¡Negro!, ¡Negro!, –le gritaba su mánager, único a quien de vez en cuando obedecía una vez iniciado el pleito. Pero el Negro ya iba como de fiesta, arremangándose la camisola para el trompo que se iba a dar con el bateador. Cuando alcanzaban a detenerlo antes de darse a golpes, sólo decía:

–Fue él quien empezó...deténganlo a él.

O bien:

– ¿No oyeron que me rayó la madre? ¿¡A poco es para dejarse!?

Y luego, mientras trataba de quitarse de encima al cerco de compañeros que lo alejaban del home, hasta donde había llegado para darse de trompadas, decía al bateador ofendido

– A ver, repite lo que dijiste...

Por eso no es de extrañar que aunque era un pitcher dominante, rara vez terminaba un partido, no por irlo perdiendo, sino por irlo ganando y silbarles a



sus contrincantes, curvas con pelotas que les rondaban las narices, las orejas y la barbilla. Le sobraban agallas.

## II

El Negro Morales era un joven mecánico muy reconocido por sus trabajos en autos de todo tipo. Vivía con su hermano y su mamá a dos cuadras del Santuario de Guadalupe, en San Luis Potosí. Por razones que yo no supe de niño, pasó cerca de ocho días debajo del coche de mi padre, haciéndole una reparación mayor. Después supe que le hizo un ajuste. Lo que nadie me explicó por esos días era por qué unas sábanas colgaban de las rejas del portón de nuestra casa del barrio de San Miguelito, justamente esos días que él estuvo ahí, prácticamente escondido. Porque era evidente que se aseguraba de que nadie de fuera estuviera cerca del portón cuando salía por debajo del motor, al baño o a comer. Si no, ¿por qué nos dijeron a todos en casa que si llegaban a preguntar por él deberíamos decir que no estaba ahí? Eran los días en que estaba el movimiento navista en su auge en San Luis Potosí.

## III

Treinta años después le pregunté a mi padre por qué había escondido al Negro Morales en nuestra casa. Comentó:

“El movimiento navista llegó a un punto en que viendo la cerrazón gubernamental hacia sus planteamientos, tomó la decisión de hacer explotar unos artefactos en la subestación eléctrica. El responsable de la operación era el Negro Morales. La operación tuvo que abortar pero llegó a oídos del gobierno y hubo que esconderlo. Más adelante lo apresaron y quedó decepcionado por haber recibido muy poco apoyo cuando estuvo encarcelado. Lo torturaron en la cárcel, le hicieron ahí “el pocito” con “Agua de Lourdes”. Aunque lo liberaron, tuvo que salir de San Luis huyendo de la represión, sin protección alguna. Nunca se liberó de ese sentimiento de abandono por quienes con él prepararon o decidieron la acción fallida que lo llevó a la cárcel”.

#### IV

Era una gran mazorca su risa abierta, sus labios gruesos, prieto su color. Dicharachero, juguetón. Su tórax era enorme, de mecánico, sus manos fuertes como pinzas para el apretón con que saludaba. Su lanzamiento preferido era el “dos”, una recta que resoplaba al llegar al home y que hacía arder el guante de su catcher, Mantequilla. Desobediente a las recomendaciones de lanzamientos de Mantequilla, el Negro le avisaba con la cabeza que no y que no, hasta que sólo restaba como opción de tiro la recta pegada al pecho o cabeza del bateador. Era un signo claro de que el Negro se había aburrido de dominar a los contrarios y que ahora quería divertirse y poner a todo el equipo en juego, en la batalla campal a puñetazos. Si no se le sacaba a tiempo, ejecutaba puntualmente su plan de acción.

¡Ay El Negro!, dice aún su exmánager... ¡Le encantaba el peligro! ¡Arriesgaba todo para que con el peligro le bullera la sangre!

#### V Tensión en la lomilla

El Negro Morales no sólo dominaba a sus contrincantes con pichadas rápidas, lentas, curvas y engañosas. Tenía un especial sentido del clímax beisbolístico, cuando un solo tiro podía definir el juego, la temporada, la serie final. Él buscaba ese momento, lo iba preparando, contribuyendo al drama, dando una oportunidad aquí, cerrando opciones por acá, asustando por allá.

Y justo cuando todo mundo estaba nervioso para su siguiente pichada definitiva, digamos en una situación de tres bolas, dos strikes y dos *outs*, él llamaba desde la lomilla a todos sus compañeros a sesionar junto a él, en el montículo, por supuesto acompañados de su manager.

Los acercaba a él, en una rueda muy compacta, abrazándolos con sus brazos largos. Ahí presentaba su plan de ataque, que garantizaba la victoria sobre sus contrincantes:

– ¡Me acabo de acordar de un chiste buenísimo!

- ¡No me salgas otra vez con eso, Negro! –le increpaba su manager, inconforme, mientras sus compañeros empezaban a reír y revolotear a su alrededor.
- ¡Es que se me va a olvidar si no se los cuento ahorita mismo! –se excusaba él, como si fuera gravísimo no hacerlo.
- Bueno, pero sólo uno, uno y nada más uno, Negro –condicionaba su manager.
- Ah bien, ahí va.

En medio de la rueda empezaba a dramatizar el chiste, con su boca y dientes gigantes desembuchando la historia que iba dando paso a manifestaciones hilarantes de sus congregados, imposibles de que escaparan para el público y sus contrarios. Estos últimos interpretaban de inmediato que se estaban burlando a costa de ellos. La rabia se les venía encima ante tal espectáculo, un escarnio a la vista de todos.

Las carcajadas tronaban entre la novena, el manager tampoco podía ocultar la gracia del chiste y era cómplice de la jugarreta del Negro, que cerraba la reunión, advirtiéndoles con cara muy seria, extrañado y ahora con voz que podrían escuchar hasta lo más alto de las gradas:

- ¿Qué hacen aquí haciendo chacota del juego? Vayan a sus posiciones que estamos en un partido muy importante para este equipo.

Mientras sus compañeros corrían hacia sus destinos, él volteaba a ver uno por uno, a sus contrincantes, que esperaban ardiditos en su *dogout* o en el círculo de espera al bate. Los examinaba detenidamente, hasta ir a parar con el bateador, al que como colofón a su examen, le dedicaba una sonrisa, murmurado: “ah, contigo estaba”.

Para entonces la furia se había apoderado de todos ellos, obligándolos con su treta a comprimir y tensar, involuntariamente sus músculos, inhabilitándolos, mientras el Negro, relajado como sus compañeros, se disponía a lanzar su mejor pichada, invisible y cargada de humor, también negro. Así ganaba también, festivamente, sus partidos.

## VI

### Intervención terrenal del Negro, *post mortem*.

En el año 1986, Arturo Cipriano, músico potosino, asistía a una ceremonia en Taos, con los indios Pueblo de Nuevo México. La ceremonia había durado toda la noche y la mañana siguiente, al terminar, mientras los participantes se saludaban y daban los buenos días, lo abordó un gringo de talla descomunal, si bien ya un tanto ajado. Sin más preámbulo, le preguntó a Cipriano:

- ¿A qué te dedicas?
- Soy músico.
- Seguramente músico de protesta, ¿verdad?
- Puede decirse que sí.
- He matado a algunos como tú. Me han pagado para eso.

Cipriano se puso en guardia, si es que vale la expresión en tierra ajena, sin acompañantes, ni el tamaño u oficio, ni los arrestos del gigante. Volvió a la carga el tipo:

- ¿De dónde eres?
- De San Luis Potosí.
- ¡Cómo! ¿De verdad?
- Sí.
- Yo estuve ahí en los años sesenta, en la cárcel, dos años. Luego me sacaron mis contratantes. Me detuvieron después de matar a un tipo por encargo, fue un pinche descuido.
- Entonces conociste al Negro Morales y a Manteca.
- ¡Qué! ¿Cómo sabes? ¿Los conociste?
- Sí.
- ¡Ni siquiera habías nacido para entonces! ¡No es posible! ¿Cómo sabes?
- Pues los conocí.
- ¡Qué cosas! Eran muy buenos muchachitos, nos divertíamos mucho en la penitenciaría. Me caían muy bien. Cuando llegaron los torturaron severamente. Les dañaron los intestinos a puñetazos y macanazos,

especialmente al Manteca. Al Negro se le veía la mazorca de dientes al contar sus chistes. Me llevé muy bien con los dos, habían sido uno pitcher y el otro su cátcher en béisbol. Muy divertidos muchachos.

Entonces cortó la plática, se despidió de mano con empatía, la otra puesta al hombro de Cipriano, y se marchó, mirando hacia el sol naciente.

# Crónicas por San Luis Potosí

## El trotador de la Calzada de Guadalupe

Exactamente a las cuatro y media de la mañana, el trotador aparecía entre las arcadas del monumento a los Niños Héroes –antes leproario–, y cruzaba la calle, junto a la fuente, para tomar desde su inicio la Calzada de Guadalupe, con pasos largos, de calentamiento.

En el silencio absoluto de la madrugada, sólo los silbatos de los centinelas de la Penitenciaría, cada quince minutos, y la ruidosa respiración y expiración del trotador, rebotaban entre los altos muros de las casas laterales, de orilla a orilla.

Salía encapuchado para protegerse del frío invernal, con doble sudadera “para sudar suficientemente y mantenerme en línea”, pantalón deportivo, tenis, y un bate de beisbolista que mantenía girando ya con una o las dos manos, hacia arriba y hacia los lados, haciendo rehiletos.

Excepto los domingos que descansaba, el resto de los días del año, invariablemente se encontraba en la primera cuadra con una pordiosera jorobada y renga, a la que le tomaba una hora llegar desde ahí hasta el portón de la Catedral, con su paso entrecortado. Daba entonces su primer saludo:

- ¡Buenos días Doña Chole!
- Buenos días, señor.

Él tomaba de la mano de ella, como de costumbre, un lazo con el que arrastraba en una gran bolsa, cartones, papeles viejos y ropa. Ese día él hizo algo más. Le acarició la mano.

- Dios se lo pague –agradeció ella de antemano, como siempre, pero quedó extrañada.

Él continuaba luego a trote por la Calzada, arrastrando aquel bulto empolvado. A la siguiente cuadra saludaba de lejos a los guardias de la cárcel, tomando el bate como ellos su rifle. Esta vez hizo además un rehilete, saludando.

Seguía driblando los postes con las lámparas de la Calzada, respirando profundo el oxígeno que le regalaban pirules, robles y pinos de las jardineras laterales.

Dos cuadras más adelante, a trote normal, saludaba a los cabos de guardia del cuartel militar, colocando ahora el mango del bate sobre su sien, muy formal. Le contestaban reglamentariamente los bisoños guardias, helados por una larga noche en vela. Pero esta vez él lo hizo con marcialidad exagerada, notó uno de ellos.

A la altura de la tienda de abarrotes “El Volcán”, junto a la fuente “La Conchita”, alcanzaba a Don Sebas, que iba empujando su carrito de tamales, rumbo al centro. Le solía dar una palmada suave sobre la espalda, comentando:

- ¡Hoy los venderá todos, mi amigo!
- ¡Dios lo oiga, señor, buen camino!

Esta vez Don Sebas sintió que el corredor fijó su vista un par de segundos más sobre sus ojos. Para entonces, continuó con trote firme, empezando a sudar en el frío. Llegó frente a la fábrica de motores, donde dormía diariamente en una banca Luis, el vagabundo en harapos. Se detuvo para colocarle encima los periódicos y cartones caídos con que solía taparse, y mitigarle un poco el aire y la helada. Así lo saludó en silencio.

Al llegar a la Caja de Agua, cambiaba su rutina, girando ciento ochenta grados, para caminar hacia atrás. A lo lejos podía ver que de las calles vecinas, se incorporaban a los flancos de la Calzada, ciclistas, obreros de las fábricas y ferrocarrileros que entre guantes, cubrebocas y gorros de lana, rompían el viento a su paso.

Llegando al Jardín del Mercado Tangamanga o La Merced, en la primera banca dejaba el bulto de Doña Chelo, para que ella lo recogiera a su paso, cuarenta minutos después. Continuaba de frente su trote por la calle Zaragoza, hasta el zócalo y luego doblaba hacia la calle Venustiano Carranza. Ahí le daban las 5:00 de la mañana, hora de emprender el regreso, cuando

varias mujeres habían salido a barrer las banquetas de sus casas y a limpiar las herrerías y vidrios de muy antiguas ventanas.

Dejó de concentrarse en su respiración, como habitualmente, y dio por voltear a ambos lados de su camino, como bebiendo la ciudad y sus rincones. Decidió por primera vez dejar el centro de la calle y avanzar esta vez por una banqueta, a trote lento y acariciando muros y ventanas, herrerías y portones con su mano. Pensó que al tocarlos los tendría por siempre consigo.

Al llegar al zócalo, se liberó del estorbo del bate, compañero de cuarenta años de correrías, regalándolo a un barrendero. A esa hora ya no le amenazarían ni pondrían en peligro los perros ni los borrachos envalentonados. Necesitaba en esa travesía especial, ambas manos para percibir con cada poro su terruño adoptivo, sus rumbos sagrados, y el bate se lo impedía.

Siguió por Zaragoza y en zigzag, trotó para tocar con sus manos los zaguanes de ambas aceras. Por ellas pasaron fierros forjados, aceros y bronces; cedros, mezquites y encinos tallados. Cada sensación material iba dejando huella única, espiritual, en su cerebro.

Su respiración se había acelerado como nunca: iba acercándose a la euforia. Entrando a la Calzada, siguió su trote cruzando de la banqueta poniente a la oriente, y a la inversa, e inició a repegar su cuerpo por el frente, espalda y con la capucha bajada, con sus cabellos, sobre los muros de las casonas. A cuantos lo veían les parecía extraviado. Saludaba, eso sí, pero sin detenerse con sus vecinos cotidianos. Acarició cada una de las casas a los flancos de la Calzada, cada tienda e institución, cada esquina y fuente, cada aldaba.

Todos los últimos madrugadores de a pié o en bicicleta volteaban a su paso. Las mujeres que aseaban las banquetas se preguntaban de aquél raro comportamiento de un hombre toda la vida predecible, por su paso lineal, firme, puntual, cortés y saludador, al centro de la Calzada, sin desatinos, como ahora. Hubo entre ellas quien pensara que esa era una nueva manda de peregrino de la Virgen de Guadalupe; otro corredor aseguró que se trataba de una nueva rutina apropiada para un atleta nato como él.



Los cabos de guardia del cuartel militar se alertaron al verlo cruzar decidido hacia su puesto de vigilancia. Se sosegaron cuando volvió a desearles buenos días con su vocerrón, tocando de paso una columna del edificio. Cruzó luego hacia el asilo, hizo lo propio por su reja alta y llegó a la Cruz Roja, donde además rozó con sus manos las ambulancias. De dirigió luego al Internado Damián Carmona. Ahí su jardinero se asustó de ver tanta decisión al paso.

Ahora iba gritando al viento, en todas las direcciones, a plena voz con su gran caja torácica, febril: ¡buenos días, día! ¡buenos días, árboles! ¡buenos días, jardín! ¡buenos días, aves! ¡buenos días, vecinas y vecinos!

Volvió a la acera de enfrente para continuar palpando con ternura cada una de las casas con fachadas de cantera.

Cruzó la Calzada. En la cárcel tomó por sorpresa a los guardias, que a pesar de conocerlo bien, tuvieron que apuntarle en su carrera. Un “no se apuren, muchachos, buenos días” les hizo suspender su temor y luego bajar los rifles. Tocó la torrera del portón y siguió su trote y saludos mañaneros a los que esperaban enteleridos el camión, por las esquinas de la Calzada, cuando ya amanecía.

Siguió ahora a paso largo, por la fuente del atrio del Santuario de Guadalupe, flanqueado por sus palmeras y encinos, que recibieron alegres sus buenos días y parecieron inclinarse en signo de cortesía, a su paso. Llegado al portón del Santuario, gritó: ¡gracias, gracias, madre!, dirigiéndose a la Virgen de Guadalupe. El padre Cornelio y una docena de ancianas, estaban terminando la misa de las cinco de la mañana. Nunca supieron, admirados, de dónde provino aquel agradecimiento al que hicieron eco las altas naves de la iglesia.

Avanzó luego con paso normal, de enfriamiento, rumbo a su casa, tras el monumento a los Niños Héroe. Estaba totalmente vacía. Un día antes había venido la mudanza para llevarse su menaje de toda la vida para llevarlo a una ciudad lejana, donde habría de pasar sus últimos años.

Se dio su baño de agua caliente y luego fría, frotándose con enérgicamente todo el cuerpo, como solía. Se vistió e hizo un último recorrido en silencio por su casa, casi temblando, entrando a cada uno de los cuartos desnudos de la

casa que acababa de malbaratar, construida durante años de sudados y desmañados esfuerzos. Tomó su maleta, la subió a su auto y cerrando la casa, la abrazó del portón, aferrándose a ella. Su sollozo, tan fuerte como sus pulmones de profesor y mánager de equipos de beisbol, llegó a oídos de sus vecinos en la privada, que en esos instantes se estaban levantando. Por primera vez en su vida, la emoción que lo dominaba no le permitió recuperarse de aquella situación difícil, a su estilo y como era su hábito, que tanto recomendaba: respirar profundo, llevando aire hasta la base del estómago, mirando a las alturas.

Los vecinos sabían bien de lo que se trataba. Por eso lo dejaron despedirse así, apretado a sus apegos, a sus años juveniles y de madurez, a sus logros y pasiones. Al ver su auto enfilarse por la Calzada, apenas alcanzaron a desearle que las lágrimas no nublaran su camino, rumbo a las tierras de su ocaso.

## El banco de carpintería

Todo iba bien en la limpieza del cuarto que dejaríamos a quien se hiciera cargo de cuidar a Pianís hasta que vi salir cargado entre cuatro hombres, en lo alto, como torero laureado, su banco de carpintería, nuestro banco, el banco de labores y afanes de toda la familia.

Ahí me doblé. Tuve que alejarme rápido de la escena para evitar ser testigo de cómo se lo llevaban en una camioneta vieja, enterito, resistiendo con su peso y como queriendo dar muchas más batallas, acompañante y soporte por décadas del trabajo familiar.

Mientras ellos lo cargaban, se me vino el peso de ricas emociones experimentadas en aquél taller de la casa del Santuario de Guadalupe potosino, que ocupó el banco por más de veinticinco años.

La más remota, cuando Pianís dibujaba sobre el muro especialmente preparado en yeso para pintar al fresco sobre él una reproducción del regalo que había hecho a Pitita cuando eran novios: el panorama de una laguna, quizás de Texcoco, en temporada de patos canadienses, como decíamos. Javier, por ser mayor y hábil para el dibujo, tuvo el privilegio de pintar uno de los patos. Yo me quedé con la tentación de pintar siquiera de moradito una de las plumas del par de patos que dominaban el cuadro, una naturaleza más que viva entre los juncales.

Otra, quizás antes de que instalara nuevecito el banco. Estábamos reunidos todos, padres e hijos en el taller, tejiendo cada uno fuera una alfombra o un tapete personal bajo las instrucciones amorosas de Pita y sobre bastidores hechos en delgada madera por Pianís, con una pequeña ayuda de nuestra parte. Eso era un taller familiar, de autoconsumo, con libertad de nuestra parte para tejer la imagen o escena que fuera nuestro gusto. Era un espacio de gozosa creatividad familiar. Cipriano hizo el suyo con el escudo de su América, de ese lado flaqueaba hasta el tuétano.

El taller era también espacio de tejido de suéteres, bufandas, chales y chambritas para bebé. Nos peleábamos el turno hermanas y hermanos para

ayudar en aquello que surgía entre las agujas y alambres de la máquina *singer*, nuevecita, comprada con los ahorros puntuales de mis padres. El requisito para tener derecho a turno era haber devanado una o dos madejas de estambre, con la rueca o devanadora desplegable en fina madera de encino, irrompible, a prueba de nosotros, niños. Los patos canadienses seguían volando allá en el fondo, fuera temporada de frío como de calor.

El taller tenía varios rincones para jugar a las escondidas con primas y primos, entre trebejos y tablas de madera, herramientas, bates y guantes de béisbol. Todo era cosa de atreverse a cubrir el propio cuerpo de tablitas de cedro o de pino, de viruta y cojines para bases de béisbol, de tornillos largos y cacerolas, un saco de semillas, azúcar o harina, y muebles o herramientas en reparación. Sólo había que cuidarse de las telarañas por debajo del banco, que hacían a uno estremecerse al tocarlas.

En el banco aprendí con Pianís a tallar madera, ayudándole a hacer el par de briosos caballos en cedro que adornaron por años sus talleres de San Luis y Cuernavaca. Ahí me enseñó a usar formones y gubias como la pata de cabra. Ahí tallé en perfumado cedro aquél arconcito con garigoleos deliciosos, le di laca con muñeca, como instruyó Pianís, con bolitas de algodón, pacientemente.

Sobre el banco Pianís reparó sillas, enderezó patas de mesas, afiló tijeras, desarmó planchas, destrabó licuadoras, cambió mangos a ollas Express, clavó tacones y dio grasa a zapatos, hizo agujeros a cinturones. Todo ello con la alegría que daba un radio marrón Majestic de baquelita, sintonizando a José Candelario Trespatines, alegría que atravesaba todos los muros de la casa y hasta la vecindad.

En una cajita bajo el banco se encontraban los suajes o moldes de bronce con que Pitita hacía hojas de flores en tela, que luego adornábamos entre todos para la casa y para regalo. Los había ido coleccionando por años con sus amigas de Armadillo de los Infante, como Lupita Bear, su gran maestra entre ellas. Algunos de ellos hoy seguramente han de ser piezas de museo. Frente al banco, en un delgado armario de madera, en varias cajitas de cartón se encontraban los carretes de artisela y cuanto hilo como agujas, ganchos y ganchillos eran necesarios para tejer crochet, macramé y toda clase de

mágicos como elaborados tejidos de siglos pasados, con sus libros de moldes o diseños franceses e ingleses que era un placer hojear. Tanta delicadeza hay en esos tejidos que era para nosotros un museo, cada libro cuidadosamente encuadernado.

Pero el banco de carpintería fue sobretodo, soporte del molino en que Pita nos convidaba con su ejemplo silencioso a educar el gusto, acercándonos a moler lo mismo cacao para chocolates que pepita para moles y pipián, maíz para pinole y nixtamal para tamales. Sus hijos y sobrinos, como nuestros amigos, no necesitábamos gimnasio para fortalecernos, pues nos bastaba con hacer *cachirria* y brazo al moler semillas y canelas, chiles y aromáticas especias. Del molino salían olores deliciosos que subían ondeando hasta los dormitorios, avanzaban alucinándonos por el comedor y la sala. Se sabía entonces que Pitita estaba preparando algo sabroso, que contagiaba a participar con enjundia en la molienda. Más en invierno, por el calorcito que el moler producía en nuestros cuerpos y con la garantía de que podíamos compensar el esfuerzo probando entre ronda y ronda, entre sudor y calor, trocitos macheteados de durísimo piloncillo.

Se llevan el banco, se lo llevan...No quiero ni verlo.

### Profe del desierto

A regañadientes, más por quitarse de encima al muchacho que neceaba acompañarlo al pueblo de su primer empleo, Eloy el profesor lo llevó de visita a aquella ranchería en medio del desierto que a ningún gobierno le importaba si fuera potosino o zacatecano. ¿Quién gobierna para administrar y reclamar la nada?

El pueblo no era ruta de autobuses ni de trenes; llegar a él en caballo o burro era un lujo que acaso dos avecinados podían darse. La tierra tepetate no daba para tanto, era muy escasa la pastura producida que consumían esos animales de carga y de labor.

Sobre ruedas, solo se podía llegar a Los Cascabeles en dos camionetas de vecinos, o en los omnipresentes camiones de Coca y de La Corona. Fuera de ellos, se podía llegar a pié, eso sí, muy avanzada la tarde, de noche, o en la madrugada, antes de que los despiadados rayos del sol, en sus reverberaciones, dominaran las terracerías del altiplano. En ese caso, la compañía paciente y cercana de coyotes famélicos, atrevida especialmente durante las sequías, daba para entretenerse, pero nunca para descansar.

Llegaron el profe y su visita en la noche, los bajaron frente al cuartito que los vecinos habían acondicionado para los incautos o valientes, pero siempre primerizos profesores que habían sido destinados a Los Cascabeles. Al encender la vela, hicieron presencia una cama de tijera y yute, con colchón de borra, y una mesita de mezquite. Con una vecina consiguieron galletas para ambos, además de petate y cobija para el Profe, que había cedido su cama al visitante. Polvados por un camino de tan ancho como el desierto y amenizado con aullidos en la lejanía, acordaron dormir, con la reiterada advertencia del profe, como para decir buenas noches:

- Te dije que Los Cascabeles no son como la ciudad...
- Si quisiera visitar la ciudad me hubiera quedado en San Luis, deja de apurarte por mí. Sólo consígueme un poco de agua para lavarme la cara– pidió el visitante.
- En estos meses no hay agua para eso. Si hay, es para tomar, mañana te consigo, pero para acompañar los alimentos. Esto no es la ciudad.

A la mañana siguiente les tomó sólo cinco minutos recorrer la ranchería: catorce pequeñas casas de adobe, una tienda sobre lo que podría ser la plaza y una casa, la única bardeada en tabique, con caballo y varios botes de lámina para transportar la leche de tres vacas que estaban por allá, escondidas en el desierto. La escuela era un cuarto grande techado con hojas de lechuguilla, en que cabrían a lo mucho veinte niños. Los niños de la escuela eran unos de Los Cascabeles y diez más de caseríos que no se divisaban en el plano horizonte, sin colinas ni árboles que detuvieran la vista, si acaso la distraían enanas y cenizas manchas verduscas, de plantas de gobernadora.

Era hora de desayunar. Se acercaron a la tienda, un pequeño galerón oscuro que resultó ser a la vez mercado, lugar de reunión, mesón y cantina.

Entraron saludando en la oscuridad, por si hubiera alguien adentro. Se empezaron a adivinar en la penumbra dos personas, el tendero y un hombre de espaldas, con sombrero, y una cerveza en mano. El profe pidió unas tostadas, galletas marías y un par de refrescos para desayunar. Desde el fondo de la tienda, un anciano saludó y de los casi vacíos estantes, sirvió lo pedido excepto los refrescos. En eso el hombre de espaldas dio la cara y dirigiéndose a los recién llegados, farfulló:

- Todos los profesores son unos pendejos...

El tendero pareció tomar aquello como un saludo de rutina. El Profe se puso rígido, no volteó a ver al ofensor y alcanzó a decir en voz baja a su invitado:

- No le hagas caso, siempre es así.
- Todos los profesores son unos pendejos – repitió el ensombrerado—. Este, el anterior y todos los que le antecedieron, desde el primero que enviaron de la SEP a Los Cascabeles.
- A todos los ha corrido usted, Don Patricio, – terció el tendero. No aguantan ni un mes porque se la pasa jodiéndolos desde que llegan hasta que los harta y se van. Los niños se pasan meses sin maestro mientras los reponen, pero para nada, pues apenas llegan gracias a las súplicas de las señoras, y usted ya los está echando.
- Es que son unos pendejos. A ver usted, currito, ¿es amigo de este Profe?–, retó el viejo.
- Sí, soy su amigo, –contestó el joven.
- Vamos a ver, le voy a demostrar que todos los profes son unos pendejos: ninguno entre tantos maestrillos, ni éste que dice uste que es su amigo, me ha podido resolver este problema.

Con cara burlona, pavoneándose, empezó a formular verbalmente, a partir de una situación campirana, un problema algebraico. Disfrutaba su planteamiento, enfatizando una palabra aquí, disfrazando un dato aparentemente menor allá, distrayendo con una descripción innecesaria más allá, jugando a la vez con sus manos y con todo el cuerpo. Se dirigía al currito, despreciando la presencia a su lado del Profe, quien no existía para él. Estaba preparando el golpe letal para su nueva víctima. Hubiera deseado para la ocasión mucho más testigos.

- No le hagas caso, –insistió ahora sumamente preocupado el profe a su joven amigo.

El visitante se concentró. Sentía que la situación era grave y que había que salir de ella a como fuera.

Llegó el clímax del problema, la antesala del ridículo de todos los ciudadanos, profesores y no, que habían llegado al poblado, para ser sometidos por un humilde campesino, como decía de sí mismo el verdugo local. Preguntó amenazante, con tirria:

– ¿Cuántos burros y cuántas pacas de pastura tenía el campesino?

Cuando el joven reconoció hasta el final, la estructura del problema que implicaba la pregunta, por fin, respiró. Empezó mentalmente a organizar el problema de reversa, cada vez más relajado. El verdugo aguardaba fanteando a su alrededor, seguro de haber demostrado nuevamente su eterno dicho. Al verlo, el tendero dio por seguro que perdería por varios días a estos clientes venidos de la ciudad. El profe se tapaba la cara con ambas manos, sufriente, viendo venir sobre él una nueva avalancha de insoportables injurias públicas, de las que ya venía cargando meses atrás, irremediablemente.

– Cinco burros y cuatro pacas –contestó el invitado, de cara al fondo oscuro y con la boca reseca.

Ahora fue el verdugo quien se puso rígido, por unos segundos estuvo ahí parado, inmóvil. Entonces, cabizbajo, sin mascullar palabra ni despedirse, salió airado de la tienda, encogido.

–¿Qué le dijiste? –preguntó con asombro el profe a su visitante.

– Nada, sólo la respuesta al problema que me puso.

–¿Cómo le hizo? –le apuró incrédulo el tendero—. Desde que tengo entendimiento ha humillado con ese problema a todo visitante que llega a Los Cascabeles, y más a los profes. ¿Cómo le hizo?

– Me puso un problema algebraico y se lo resolví, eso fue todo. Cualquier chamaco de secundaria lo puede resolver si tiene calma. Pero este viejo te está acosando mientras lo cuenta para que no puedas pensar, y así cualquiera falla.

El profe abrazó a su amigo, le invitó orgulloso unas cervezas, pero el muchacho prefirió pedir un refresco.



- No hay refrescos, no ha venido el camión en quince días. Sólo nos quedan cervezas, –fue el comentario, normal, del tendero.
- Entonces deme un vaso de agua, –pidió el muchacho.
- No hay agua, dejó de haberla en el jagüey desde antes que se acabaran los refrescos, –aclaró el tendero.

Sorprendido, volvió a preguntar el visitante:

- ¿Y qué toman los niños y los bebés si no hay agua ni refrescos?
- Pecho o cerveza. Los camiones de cerveza son los únicos que no fallan en llegar a Los Cascabeles, y las madres estarán flacas, pero pariendo y con leche, tomando cervezas.

El profe, jubiloso, desentendido de las necesidades domésticas, pidió a su amigo que le explicara todo lo que había hecho para tapanle la boca al victimario de tantos aspirantes a profesor y profesores novatos. Su victoria sobre la saña era para celebrarse y para divulgarla a todos sus alumnos y padres de familia.

Llegada la calma, pensó el profesor: ya no será necesario renunciar. Podré venir en paz a Los Cascabeles, –salvo por los coyotes y sus hambres. Sonrió pensando: el profesor que algún día me sustituya sólo tendrá que tomar un curso para resistir las temporadas de cerveza, y aprender a tomarlas como líquido en los tres alimentos.

## Porfirio

Doña Felicitas, o La Marchantita, como la llamaba mamá, visitaba nuestra casa cada mes, para vendernos queso fresco, verdolagas, hojas de maíz para los tamales y otros productos de rancho. Llegaba a casa agotada de caminar, pues al no saber leer, temía tomar el camión urbano equivocado para acercarla a casa. Pero los cuatro kilómetros que caminaba desde la terminal de autobuses hasta llegar con nosotros, eran poca cosa contra los quince kilómetros que ya había andado desde su casa hasta “el puerto” de La Calera, para tomar el autobús a San Luis.

Al llegar a casa, antes que otra cosa, mi mamá le acercaba una silla o me pedía que lo hiciera, para que *la marchantita* se tomara un respiro. Suba sus piernas, le decía, acercándole un banquito, para que las descansara. Enseguida le convidaba un vaso de agua. Luego venían las mutuas preguntas sobre la salud y enfermedades de las familias, los contratiempos del viaje, el estado de sus sembradíos de temporal y a veces, sobre las circunstancias del robo o muerte del ganado y otras desgracias de la vida campesina.

Me impactaba en lo profundo su manera de platicar sobre lo irremediable o hasta trágico, con una sonrisa en la boca, acompañada de un intermitente “sea por Dios”. ¿Cómo puede alguien resistir, aguantar tantos descalabros, robos, hambres y calamidades y platicarlos con tal parsimonia, acompañándolos aquí y allá de suspiros?

Desde la edad de ocho años empecé a pedirle que me llevara a su casa, a conocer dónde vivía y a su familia. Siempre me daba la misma respuesta negativa: ¿a qué va, niño? Está muy feo, muy seco y polvoso por allá, es muy triste.

Otras veces contestaba: está muy lejos, niño, no tendrá fuerzas para llegar hasta allá y se nos hará noche de camino. No hay donde dormir por el lomerío y por todos lados hay coyotes que espantan con sus aullidos.

Su plática era un mar de sorpresas y curiosidades que surgían cada vez que nos visitaba, al compartirnos sobre su vida en el campo, en medio de un lomerío, a medio kilómetro del jacal más cercano, sin luz eléctrica ni agua corriente, “a merced del Señor”, como gustaba contar. Con cada respuesta que daba a mis preguntas, sin darse cuenta, me iba motivando más y más a visitarla en sus lares, con barrancas silentes, noches de obscuridad plena, y paisajes totalmente desconocidos y tentadores para mi curiosidad infantil.

Nunca me espantaron sus advertencias ni me hicieron cejar sus negativas, yo quería conocer aquellas milpas que su marido no podía abandonar, sino con riesgo de que le ganaran cuervos y palomas de campo sus cosechas de maíz y frijol. Quería ayudarle con mi resortera y mi rifle de municiones a acabar con pájaros y tuzas que mermaban sus cultivos, estaba seguro que mi puntería le

rendiría frutos. No me importaría dormir en su jacal que aseguraba sólo tenía una cama. Quería también ver cómo era posible que se le perdieran por días sus tres o cuatro vacas, con becerros, si como decía eran sus tierras de matorral, sin árboles mayores, piedras por todos lados y podía verse a lo lejos. Quería ver también cómo conducía Don Elías, al buey con su yunta.

Tanto insistí en acompañarla hasta que se rindió. Fue mucho más fácil conseguir el permiso de mis padres para acompañarla. Mi equipaje se componía del rifle de municiones, una bolsa de ropa para tres días y ahí vamos, caminando de bajada por la Calera, durante tres horas, por barrancas y caminos desolados, brincando cercas y guardaganados.

– Ay niño, no me vaya a matar con su carabina– me decía con miedo cuando al brincar una cerca, por descuido, mi rifle apuntaba en su dirección, descargado.

–¿Ya vamos a llegar? –le empecé a preguntar cada quince minutos, pasando la primera hora de camino.

– Ahí nomás tras lomita –era su repetida respuesta, que me alentaba una y otra vez, al escucharla.

Llegamos a su jacal anocheciendo. Por la oscuridad, apenas logré darme cuenta de que estaba al lado de una barranca. Pude lanzar con el brazo una piedra y no alcancé a oír cuando debió chocar contra el suelo.

Doña Felicitas me presentó a su esposo, un hombre en sus cincuenta años, fuerte, muy correoso, que me recordó a mi cariñoso abuelo materno. Parecía serio y a la vez amable. Me recibió con su mano curtida, en la que cabían mis dos manos. “Con usted y su carabina vamos a terminar con los coyotes”, dijo enigmático, y continuó: “si no le falta parque”.

A un lado de la choza, un tejado de palmilla hacía de cocina, a la que me invitaron a pasar de inmediato para la merienda, después de haber dejado mi bolsa de ropa y rifle, sobre la única cama, del único cuarto de la choza.

En la obscuridad, tomaba un cafecito que doña Felicitas nos preparó, a Don Elías y a mí, cuando escuché que algo se arrastraba en nuestra dirección. Ni

doña Felicitas ni su marido me habían mencionado que alguien más viviera con ellos. Algún animal será, me imaginé, quizás un marrano que arrastra con su hocico lo que va comiendo.

En eso entró a la cocina, cubierta por un sombrero, una forma extraña que no me llegaba a la cintura. Al acercarse fui descubriendo primero unos largos brazos que se balanceaban bajo el sombrero, y un par de rodillas que iban por delante. El sonido venía de los huaraches que arrastraba. Por último, cuando levantó un poco el sombrero, se dibujó una cabeza girada, que apuntaba una oreja en mi dirección. La cabeza estaba desprovista de cuello.

– Buenas noches –dijo con voz alegre ese ser inesperado y sorprendente.

–Es nuestro hijo Porfirio –comentó apenada doña Felicitas–, nació cieguito.

Apenas tuve voz para balbucear las buenas noches. Estaba muy ocupado en entender aquella composición corporal nunca vista: la voz venía de alguien que se arrastraba o avanzaba en cucullas. Su cabeza cubierta, apenas rebasaba la altura de sus rodillas, sus brazos eran desproporcionados para su cuerpo. Seguía yo buscando su cuello.

Hasta que llegó junto a nosotros, pegados al horno, pude ver el gran arco que era su espalda, y sus piernas disminuidas al desuso. Se quedó junto a mí, buscando mi voz con sus orejas, esperando le dieran su café. No ocupaba silla para sentarse a merendar. Él era su propia silla.

–Usted es Don Miguel, ¿verdad? –me preguntó.

Segunda sorpresa que escapaba a mi repertorio de respuestas, cuando aún no me reponía de la primera: me trataba como a un “señor”, como “don”.

–Hijo de Doña Lupita y Don Jorge –continuó.

–Sí –por fin tuve aliento para contestarle.

–¿Usted también toca la guitarra como su papá? –parecía saber todo de mí. Yo todo ignoraba de él.

– Déjalo en paz –terció Doña Felícitas–, apenas está llegando, viene muy cansado y va a tomar su café. Mañana le preguntas.

–Tengo una guitarra y quiero que me enseñe a tocarla, Don Miguel – pidió como si no escuchara a su madre.

– Sé muy poco pero puedo enseñarle lo poquito que sé –fue mi primera respuesta larga.

Abrió cuán grande era su boca, feliz, como si estuviera esperando esa respuesta por muchos años. Su dentadura parecía toda oxidada. Sus ojos sumidos entre su frente y los pómulos, de repente se veían en la noche, blancos, con manchas azuladas.

–¡Mamá! ¡Don Miguel me va a enseñar a tocar guitarra!

Su papá parecía no existir para él. Apenado, sentí que debía decirle:

–Soy un niño, no soy Don.

–Ya sé, yo también soy casi niño, así de chaparrito –dijo divertido– ¿cuántos años cree que tengo?

Otra vez me vi en apuros. No podía ni siquiera imaginarme su edad, ni intenté adivinarla.

–Tengo veintitrés años –se contestó él mismo– y soy más bajito que usted.

Pasaba yo de un asombro a otro. Porfirio era un ser que escapaba a todas mis ideas formadas de lo que era una persona, cualquier persona. ¿Cómo era posible vivir así doblado por tantos años? Sus papás no estaban para aclarar nada, lo mismo aceptarían el silencio que las preguntas de Porfirio y mis tardadas respuestas.

–A mi guitarra le faltan cuerdas. ¿En San Luis venden cuerdas? – preguntó muy interesado.

–Sí, las venden en las tiendas de música, mi papá le puede comprar unas.

–Deben ser muy caras –dijo su padre–. No tenemos para comprarlas.

En eso Porfirio ya iba por su guitarra para mostrármela. Desapareció en la oscuridad. El ruido de sus huaraches no me permitía distinguir otros sonidos de la noche. Mientras regresaba me di valor para preguntar a sus papás.

- ¿Por qué no puede caminar?
- De pequeño tuvimos que amarrarlo y luego encerrarlo, para evitar que se cayera a la barranca cuando no podíamos cuidarlo. Se lo podrían comer los coyotes o lo podrían morder los puercos, si se nos alejara mucho.

Esa fue la respuesta de su padre, mientras miraba hacia el fuego. Terminó con un largo y profundo suspiro, como los de Doña Felicitas.

Porfirio venía ya de regreso, con la guitarra, prendida de sus enormes manos, como las de Don Elías. Se volvió el silencio entre nosotros.

–¿Me la puedes afinar? –fue su demanda.

Turbado sobremanera, quería yo afinar mi comprensión de lo que era la vida de un niño en el campo.

## La abuela

Habían pasado cinco días desde que la abuela Zoyla no despertaba, salvo para sorber papillas y atoles, bajo la presión de Lety, su desvelada hija.

Nunca antes había pasado por una crisis tan larga. Ni siquiera cuando le dio embolia a los setenta años, tras dejar ensangrentado en el suelo a uno de sus yernos, de un atinado botellazo, por defender a una de sus hijas. Ni cuando su hígado redujo al mínimo su trabajo, a los ochenta. Ni durante todas sus frecuentes infecciones de riñón, desde cumplidos sus noventa. Ni cuando perdió a tres de sus amados hijos adultos, después de aciagos hechos, entrada en noventa y cinco.

Su agotamiento era para todos, desde hijas ancianas hasta tataranietos, un signo inconfundible de que la antes visionaria e imbatible abuela, tan apegada a la vida como al cuidado de su descendencia, cedía finalmente a la muerte, al rayar los cien años.

La noticia de su preocupante estado circulaba por todo el pueblo, de boca en boca, y fuera del allí, por vía telefónica, ante la incredulidad de todos: ¿será posible que no batalle esta vez?

A las seis de la tarde del quinto día, estaban la sala, la cocina y el corredor de su casa llenos de descendientes y vecinos. Esa tarde su nieta Yoli, muy chapeada y con el pico pintado, trajo discretamente un grueso cirio, por lo que se ofreciera. Jaira, su segunda hija, mandó desde San Luis un par de candelabros de bronce, como por si acaso. Un sobrino se comunicó al cementerio, para asegurarle un lugar y de que no habría contratiempos, en caso necesario.

Ahí estaba su nieto Ernesto, al que salvó metiéndole toda la mano en la boca para sacarle de la garganta un hueso de pollo. Ernesto platicaba con Juani, a quien la abuela curó de empacho con rosas de castilla molidas. Ahí estaba Luis, el sobrino al que la abuela propinó soberana cueriza al descubrirlo de madrugada comiéndose el pan de toda la familia; Luis platicaba con Tacha, la bisnieta a la que la abuela había presionado para que no se casara, sino que

se arrejuntara, tras oler en el humor del novio que era un tipo violento. Tacha efectivamente le había hecho caso más por la aventura que por el vaticinio, que resultó cierto y motivó que no se casara. Ahí estaba Magdalena, a quien había recomendado le preguntara directamente a su novio si no era puto, cuando le informó que la futura suegra les acompañaría al viaje de bodas. No le hizo caso y acabó divorciándose. También estaba entre las visitas Rosy, atendida por ella como partera, ante la ausencia de médicos una madrugada de año nuevo. Ahí estaba Petra, a quien la abuela había predicho triates, ante el desconcierto del único pasante de medicina asignado en años al pueblo. Ahí estaban varios abandonados por la comunidad, ancianos y contrahechos, a quienes la abuela dio de almorzar por años, mientras tuvo fuerzas y ordenó dar de almorzar desde su cama, mientras tuvo conciencia.

Las pláticas de sus cuidadoras fueron interrumpidas por tres hondos suspiros de la abuela, dejando en el ambiente un silencio que contagió a todos los que aguardaban su muerte en la casa y fuera de ella.

Enseguida, como si fuera su turno en una avanzada conversación familiar, que no era la presente, con enérgica voz y ojos aún cerrados, la abuela ordenó:

–Mira Yoli, déjate de puterías que no tarda en enterarse tu marido. A mí no me vas a engañar con esos adefesios y arreglitos que te estás poniendo los últimos días y con tus frecuentes salidas a Guayacán por cualquier tarugada. ¡Ocúpate mejor de tus hijos, que mucha falta les haces!

Todos la escucharon, todos evitaron mirar a Yoli. Discretamente, parientes, vecinos y mantenidos se fueron despidiendo uno a uno, felices y convencidos de que la abuela seguiría con vida por lo menos otros cinco años.

–¡Ah pinche abuela! –dijo para sí Yoli mientras se retiraba–, ¡ves y jodes más dormida que despierta!



## Concierto de madrugada en Tanquián

Dedicado a Poluqui y a Poncho Meraz

A las cuatro y media de la mañana de este 10 de abril de 2006, asistimos sin comprar boleto a un concierto de madrugada, cómodamente acostados.

Un solitario pájaro–primavera macho, de pecho pardo–amarillo, alas negro–mate, barítono estelar que domina el escenario desde lo más alto de un coposo, a nombre de todas las aves rompe el profundo silencio de la noche e inicia el concierto con un Aria cuya primera estrofa es un agradecimiento a la advocación Tierra de la Madre naturaleza, dadora de bastimentos y responsable de la crianza de mosquitos y toda clase de insectos rastreros y voladores, coleópteros, platelmintos, celentéridos y nemátodos, deliciosos platillos para las aves.

La segunda estrofa la dedica a la Diosa–Agua, madre de cuyos pechos brota el río Moctezuma con todos sus tributarios; origen de lloros formadores de ojos de agua y manantiales, cascadas y fuentes brotantes, proveedora de playas de río para chapotear y desperezarse antes de ir de cacería. Madre labradora de estanques, charcos y remansos refrescantes para tomar una ducha y en que se desarrollan larvas, renacuajos y hueveras de insectos.

El tercero octeto es una oración–súplica a la Diosa Luna, protectora por la noche, pidiendo les libre de las aves rapaces nocturnas y diurnas, cuixes, gavilanes, halcones peregrinos y locales, búlicos, águilas y búhos. Canta: ¡danos velocidad, mimetismo, fina vista, habilidad en los giros, inteligente oído, valor y suerte! ¡Danos también una clara bóveda celeste toda la noche de los maitines, previa a nuestro regreso al norte!

El último cuarteto es una bienvenida al Dios–Sol agradeciéndole por la luz que les deja distinguir sus alimentos, que dora las semillas, que ciega a contraluz a las aves rapaces que medran en los campos. Canta: ¡loa a ti Dios–Sol, que secas las ramas para tejer nuestros nidos, que mitigas nuestros inviernos y otoños como alegras nuestras primaveras y veranos, reverdeces las plantas y

maduras sus frutos, atraes a los árboles desde tu cenit para que nos den casa y refugio!

Es hasta entonces que con su anuencia, los demás miembros de la orquesta entran a escena, en preciso orden, sumidas en la oscuridad de las ramas en que han pasado la noche. Desde un cedro, afina la melodía con su flauta un pispis o zanate. Entre arrumacos, trepadas en orejones y aguacates, cantan liderando la sección rítmica las palomas crestunas y torcazas con su cu-cuu-cu-cuuu. A lo lejos hacen su entrada onomatopéyica los gallos. Desde una ceiba digitan los tordos su violín, mientras chíforas o cenzontles, como los pinzones, hacen gala de sus voces, con improvisados solos de profesionales.

¡Ha llegado el nuevo día, desperezándose gracias a la invocación de nuestras hermanas las aves canoras!

## Don Licho, Rey de Tanquián

Dedicado a mi difunto suegro, a quien sigo conociendo.

Don Licho era un bebedor empedernido, capaz de extender sus borracheras por más de un mes, en especial si se prestaban sus amigos y conocidos a gorrearle rondas de cervezas o licor de caña, una vez que él invitara generosa y estratégicamente la primera. Le daba por quedarse dormido entre un cuete y el siguiente, en medio de la parranda, ya fuera sentado sobre las mesas metálicas de las cantinas o sobre el suelo de las banquetas. Podría pasar una recua completa encima de él y no lo despertaría, si acaso aprovecharía su paso en el ensueño para pedir “sírvanme otra copa”, y seguiría dormido, con el pico en posición de beber o chupar.

Sus compinches de parranda del pueblo de Tanquián, cansados de acomodarlo y reacomodarlo para que durmiera a gusto, como de su retahíla de gases que superaba al tronidero en conjunto del grupo, resolvió jugarle una broma, que comandó Don Félix Azuara.

“Hagámoslo Rey de Tanquián”, propuso. Todos seremos sus súbditos y haremos sus caprichos y antojos. Vistámoslo de rey y vistámonos de duques, príncipes y condes. Hagamos de las niñas y niños sus pajes y practiquemos en hacerle la corte para el momento en que despierte nuestro rey.

Como pudieron, con la complicidad del cantinero y dueño del único billar de Tanquián, y de los niños que pasaron por ahí haciendo los mandados, lo engalanaron con ropas de dama, al estilo medieval, con medias rotas de ancianas y cuello de *frivolité*, tomado de un largo de mesa de sala. Lo metieron en un *corset* de quinceañera que tuvieron que adaptar con cuerdas extra de cáñamo para que alcanzaran su ancho torso. La falda la hicieron de crinolina rosa, de quinceañera.

Lo coronaron con la parte superior de un bote de hojalata, de los que se usaban para transportar manteca, recortando sus picos con tijeras del herrero,

miembro de la comparsa. El rey no volvía de su extravío, y pareciera que cooperaba con el teatro poniendo flojas piernas y brazos.

Debió medio despertar por las ropas apretadas a su cuerpo y por el calor de esa tarde ardiente de verano, arriba de los cuarenta grados en la cantina–billar. El mismo Don Félix, autodenominado “Duque de Azuara”, con capota de aguacero pintada con cal para el efecto, y coronado con otro aro de hojalata adornado en sus puntas con chiles verdes, lo introdujo a su nuevo y regio estado, reclinando su cabeza hasta casi las rodillas:

- ¡Alteza serenísima y pedísima: ordene usted qué prefiere para cenar! Tenemos para vuestra esencia jícamas con semillas de orejón, pemuches en barbacoa y yuca con ron.

Don Licho no pasó de echarle un vistazo, seguía adormilado. Medio minuto después volvió a abrir los ojos y escuchó similar recibimiento:

- ¿Su majestad ha disfrutado suficientemente su hedionda peda? –esto lo dijo dibujando galantemente con la pluma de guajolote que le trajo uno de sus hijos’, una larga “h” manuscrita en el aire– ¿le servimos acociles en aguachil para cenar?

En ese momento, por acuerdo general, todos los conspirados reclinaron el cuerpo en señal de sumisión ante su rey, gesto que lo hizo eructar ruidosamente, de sorpresa.

- Su Alteza es rey de Tanquián: debe estar a la altura de su divino reinado y nunca eructar. Dada la urgencia debe taparse la boca –le corrigió con sigilo, al oído, el Duque de Azuara.
- ¿Qué chingaos dices, pinche Félix? –interrumpió Don Licho.
- ¡Alteza! Soy el Duque de Azuara, y vuestra majestad Licho Primero. Se encuentra usted en el trono de Tanquián, al que le hemos llevado por aclamación popular y llamado divino, ¿no es así, regia corte tanquianera?
- ¡Viva el rey Licho Primero! –corearon todos sus súbditos, leyendo discretamente las consignas que habían preparado para acabarlo de despertar, y continuaron– ¡Largo sea su alcohólico reinado! ¡Infinitas las tandas que invite a sus compañeros de parranda!

Los de la primera fila terminaban cada consigna con golpes en el suelo de los tacos de billar, como presentando armas. Los demás golpeaban efusivamente con botellas de cerveza, las polvosas mesas de lámina de una marca de cerveza tradicional. Don Licho Primero no salía de su asombro, ni podía bajar de la frágil silla metálica que tenía por trono, montada sobre la barra de la cantina. Lo escoltaban dos fuertes ejidatarios con capas tomadas de cortineros hechos trizas de viejos. Habían batallado para llevarlo hasta tales alturas y sostenerlo sentado mientras despertaba.

- ¡Ora putos!, ¿de qué se trata? –comentó el rey con los ojos bien abiertos.
- Alteza pluscuamperfecta, vuestra excelsa condición nos obliga a presentar a usted a cada uno de sus humildes servidores, dispuestos a dar la vida por usted, con gracia y sorna, ahora y en la hora de vuestra muerte.

Continuó el Duque de Azuara su intervención, ahora para nombrar a los miembros de su distinguida y bebedora corte:

- Ante su majestad, dobla la cerviz el Conde de Tenerife, vasallo de muchas leguas, reconocido abigeo de hatos propios y ajenos, pues no distingue entre unos y otros. Entrega a su señoría tres mulas y dos borricos, a cambio de dos hectáreas de tierras vega, junto al río Moctezuma. Le conviene el trato su majestad, dígame que sí, no hay mulas más aguantadoras que las del Conde de Tenerife.
- Se parece a Tarsicio, el lancharo de La Purísima – comentó el rey–, mejor dame tres botellas y llévate las mulas, Conde de Tenerife – resolvió el rey.
- ¡Urra, urra! –fue el grito unánime, bien preparado por todos los celebrantes de tal ceremonia. Los vecinos de la cantina se iban acercando a aquello, convertido poco a poco en ruidoso jolgorio.
- A los ojos de su obtusa dignidad, dobla la testuz el Príncipe de Tampacán, que le entrega como tributo dos arroyos, tres ojos de agua y un caballo de un cuarto de milla. Sólo pide a cambio una concesión para operar una barcaza que permita cruzar el Pánuco en el temporal. Concédasela Majestad, le conviene a ojos cerrados.

- Tiene un aire a Huicho, el caporal del Rancho El Chulo, camina igualito que él, patizambo. Dale eso que quiere el tal Pínchipe, pero que nos traiga un lechón en vinagre para botanas, no puedo con la cruda. ¡Quiero ir a miar, déjenme ir!
- Los reyes no orinan hasta congraciarse con toda su corte, tiene que esperar unos minutos más, majestad –le advirtió el Duque de Azuara, en tanto sus guardias lo apretaban por los antebrazos, más para sostenerlo, que para impedirle bajar.
- ¡Ah carajo! ¡No me está gustando eso de ser rey con la vejiga rebosando!
- Aguántese tantito su regia majestad, y será llevado al trono por sus guardias pretorianos.

Confabulados y visitantes, iban llegando con más productos en calidad de ofrendas y tributos para su rey. La condición para aproximarse, era venir disfrazados y dispuestos a seguir el rol que les asignaran, congraciándose sumisamente con su majestad.

- A los pies de su majestad, llega el virrey de Tampicol. Le ofrece de regalo diez cargas de mula con piloncillo por año, a cambio de permiso para comerciar sus productos en todo su reino, desde Tampico hasta Ciudad Valles, desde Tancahuitz hasta Ébano. ¡Es una ganga, majestad, acéptela!
- Que me mande 10 cajas de ron y le dejen comerciar hasta Pánuco -lo dijo con gran desprendimiento, pues nunca había salido más allá de Pánuco, de manera que creía que nada podía estar más lejos que tal poblado.
- Para hacer un intermedio en sus arduos trabajos de gobierno, su muy intensa briaguez, ¿permite que unas doncellas bailen para usted en pelotas?
- ¿Ahora mismo? ¿'On tan ellas? –eso pronunció llevando el cuerpo al frente, buscándolas con rojísima mirada.
- Las mandamos traer, si eso complace a su hidalguía y libidinosidad, muy señor mío.
- ¡Tráiganlas ya! –ordenó en el primer acto voluntario de su reinado, sobándose las manos.

En eso, ante todos, se vio un goteo contante que salía de su asiento, amarillento.

–¡Qué putas! –escandalizó encolerizado Nando, el cantinero–. ¡Mira Félix a lo que nos llevan tus historias ideáticas! ¡Bájenlo de ahí que me arruina el negocio!

En volandas, sus guardias lo bajaron rápidamente y lo escoltaron hasta el orinadero del solar contiguo. ¡Haz lo tuyo, pinche rey mión! –le espetaron.

La algarabía de grandes y chicos, beodos, crudos y abstemios, no paraba de oírse en el bar. Las mujeres de las casas vecinas desde sus poltronas se iban haciendo cómplices de la trama. Mientras regresaba el rey, los conjurados repasaron su guión.

Se oyó entonces un grito desde el vecino lote baldío, que hacía las veces de mingitorio:

– ¿Cómo chingaos se quita esto? –se refería al *corset* que no le dejaba evacuar a su solemne modo.

Cuando regresó, era el turno de presentarle a las damas:

– ¿’On tan las chamacas, pinche Félix? –fue lo primero que pronunció al regresar, tambaleante aún, Don Licho.

– ¿Pero su beodísima alteza, qué lengua es esa? Si bien soy su súbdito predilecto, he merecido de usted el ducado de Azuara como para que me trate usted así. Las damitas no querrán presentarse ante tan burdo y lerdo rey, ¡modérese majestad!

– Déjate de pendejadas, ¿’on tan ellas? ¡Te estoy mandando que las traigas!

Eso lo dijo mientras lo elevaban nuevamente a su trono, ahora improvisado sobre tres capas de cartones de cerveza, apiladas colectivamente por instrucciones de Don Nando.

– ¡Eso majestad! ¡Asuma su mandato ordenando lo que le plazca! ¡Sus caprichos y voluminosas necesidades serán cumplidas! Hacen ahora entrada para deleite de su inmarcesible majestad Licho Primero de

Tanquián, marqués de Tancuayalab y El Higo, las bailarinas más deliciosas del condado: Michi y Chichi.

Los nombres tuvieron su efecto atractivo sobre el rey, como sobre los recién llegados que no sabían los detalles del número siguiente. Don Nando activó la sinfonola con una moneda para que se escuchara la canción “Acércate más”.

En eso, de espaldas, hicieron lenta y cachondamente entrada por la puerta principal, un par de semidesnudas, meneando con lentitud sus caderas, al ritmo de la canción. En sus cabezas llevaban altos tocados llenos de flores de papel de china, blancas y rosas, de las que suelen llevar los niños a la iglesia en el mes de mayo. Sólo un delgado hilo anunciaba lo que pudiera ser su sostén, y sus calzoncitos eran minúsculos. Su majestad alargó exageradamente el cuello, para verles mejor. Los guardias debieron detenerlo para que no cayera desde sus alturas.

Quienes las vieron más de cerca empezaron a tratar de contener las carcajadas. Quienes las iban reconociendo se doblaban de risa. El Duque de Azuara, haciendo gala de extremo control, ordenó:

- ¡Orden en la corte! ¡Paso a las princesas del Nilo, traídas en chalán desde África meridional para ser desposadas por nuestro garañón rey, urgido de descendencia!

Su regia majestad, Don Licho Primero inclinaba la cabeza para un lado y otro, buscando la clave para captar los dechados de aquellas princesas, que imaginó hijas de Milo, el tendero del vecino pueblo de La Pendencia, en Tampamolón.

- ¡Que las traigan hasta aquí!, no alcanzo a verlas bien, menos a tentarlas –fue la segunda orden del rey.
- ¡Su ordenanza será cumplida, como su regia concupiscencia! –afirmó el Duque de Azuara –¡que se acerquen las divas del Nilo!

Las susodichas se siguieron acercando tentadoramente de espaldas y al estar a tres brazadas de Don Licho Primero, mostraron la delantera de sus cuerpos. El rey las examinó profusamente, de arriba abajo, subiendo una ceja, luego otra y tensando sus cachetes y cuello, desconcertado, gritó:



- ¡No me engañan, no son las hijas de Don Milo, son unos putos baratos de la choza de San Martín. ¿No les ven los pelos en las piernas y los bigotes? ¿Qué reinado es éste que no tiene unas chamacas para el rey? ¡Bájenme de aquí que hace años no me tomo una cerveza y me estoy muriendo por una!

Sus poderosos guardias no se aguantaron más las risas, lo que marcó el inicio de las risotadas de todos los congregados: parroquianos consuetudinarios, visitantes casuales, niñas y niños disfrazados para la ocasión, ancianas vecinas que no resistieron el alboroto creciente por el drama organizado en la cantina sin puertas. El Duque de Azuara cerró la obra singular con una loa final:

- ¡Hágase su voluntad, cuetísimo rey de Tanquián, estruendoso gasificador de tripas, prístino consumidor de toda clase de licores producto de los cañaverales de la Huasteca! ¡Cerveza para todos con cargo a las arcas de su magnificencia! ¡Que viva muchos litros Don Licho Primero!

# Otras crónicas

## Carta al Gobernante de Querétaro de Arteaga y a sus conciudadanos

Mire, yo no sé de qué religión es usted, pero estoy seguro de que verá con muy buenos ojos y mejor disposición esta humilde iniciativa para construir, digo acabar de construir la mayor catedral del mundo, sí, la mayor del mundo, aquí en su estado mineral. ¡Imagínese lo que eso significará para su gobierno y para mejor devoción de nuestra gran Señora!

Sepa que desde hace millares de años ya tenemos ahí en la Sierra Gorda más de la mitad de la obra y sin apenas advertirlo –dicen que no hay peor ciego que el que no quiere ver–, ahí está la gran obra a un lado de nuestro diario camino. Sólo le falta su decisión y que se acerquen a colaborar los muchos devotos silenciosos, gentiles y neófitos, que por siglos *Ella* ha tenido.

Le platico la idea de cómo hacer esto posible: sucede que ahí en la Sierra Gorda, encontrará ya esculpidos, como en gran parte de este amplio Santuario, hermosos ramilletes de inocentes virgencitas, algunas más tiernas que las otras; por allá, una empalizada de firmes y espigadas piernas que esplenden con el sol; por aquí en una barranca todo un almácigo de cálidas tetillas; por aquella cañada un atado de fuertes caderas volteando al poniente; más allá unos fabulosos como lechosos pechos apuntando al cenit, esperando una fotografía, y hasta el fondo, toda una cordillera de primorosas Vírgenes a punto de ser Diosas. En su asamblea, ahí tiene al auténtico rincón natal de tantas Divinidades que partieron a ordenar la fundación de cada uno de los pueblos del mundo como lo harán otras crías en el porvenir. Pero no le distraigo con tantas posibilidades de consagrar surtidos como armoniosos templos a nuestra Santa Madre y devolverle su sagrado lugar. Vayamos por lo que no requiere tantos obrajes, grilletes ni fuetes.

Sólo he venido a proponerle una gran catedral, dicho sea más apropiado, una gran basílica, la mayor del mundo, dedicada a la Diosa de Diosas, a nuestra virgencita y Diosa Cachúm, olvidada como está ahora en las ceremonias

profanas de toda denominación. Quizá usted sepa que hubo alguien a quien se atribuyó la temeraria gloria de entregar a su superior la última representación conocida, la imagen misma en piedra de nuestra Santa Madrecita, la que fue desaparecida para impedir su pública veneración en nuestras plazas y cerros, como era la costumbre en tiempos de los abuelos de nuestros tatarabuelos jonaces, ximepeces, xi'ói, guachichiles, cazcanes, teenek y chichimecas, todos ellos hombres verdaderos. Pero no he venido como alimaña ponzoñosa a levantar rencores sepultados o a bajar de su trono de chicle a pretendidos santos y a sus aliados Escandonos. Vengo en avanzada a proponerle el proyecto turístico más ambicioso que jamás imaginó compañía constructora alguna, si así lo quiere usted ver.

Ahí en las cordilleras que se ubican desde Vizarrón hasta el noreste de Bucareli se encuentra emplazada la hasta ahora escondida o invisible basílica. Véala desde el suroeste por ejemplo: ¿qué tal ese manojito de nuevas y preciosas Diosas que van tomando su turno para salir de una cordillera en beneficio de los pueblos impíos, mientras acaban de madurar en su noviciado, celebradas con las festividades de nuestro ciclo lunar? Como ellas, así es nuestra gran señora Cachúm, múltiple y siempre dándose, Diosa y madre del Sol, señora de la gran montaña, pródiga en sus pechos que alimentan a la humanidad, firme en sus caderas y piernas para asegurar la procreación y la fertilidad de nuestras mujeres y siembras, de manos fuertes que trabajan el barro y hacen hombres que se le asemejan en su divinidad, sanadora con su omnipotencia de toda clase de enfermos y embrujados, madre protectora en las guerras contra nuestros enemigos –que ahora abundan–, diligente protectora de los caminantes. Sus sueltos cabellos se baten en lucha contra las enfermedades del viento, y cuando descansa cubre con ellos, entre los breñales, nuestro cuerpo de los fríos. Ahí están bien formaditas en hilera las magnánimas advocaciones de nuestra gran señora Cachúm. De ahí surgió Ngalyod, serpiente arcoiris creadora del mundo como sus primas Coatlicue y Nananbouclou; ahí fue criada Tara la verde, madre compasiva como su prima hermana Kuan–Yin; ahí jugaba con fuego y viento la ahora diosa Oya; ese fue el cunero de Eurynome, forjadora del cielo; la gran Diosa de la tierra Gaia jugaba con su hermanastra Frigga entre esos pedregales; la Diosa del Volcán

Pele hacía ahí sus montoncitos de rocas; Usha, Diosa de la Aurora empezaba a irradiar pálidamente por sus barrancas; Selene se asomaba por las noches a iluminar el camino de los ocelotes; al obscurecer, junto a sus arroyos las Diosas Hathur, Laka, Freya, y Afrodita armonizaban y bailaban mostrando sus galas y bellezas; más noche Tlazoltéotl entrenaba con sus danzantes, seductoras danzas, acompañada de las Diosas Baubo y Lakshmi, mientras la Diosa Kali enamoraba a cuatro manos. Esos ensayos de festejos sólo terminaban ya muy noche cuando Mbaba Mwana, Diosa del Trueno, los Rayos y las Tormentas, las cubría con su manto y empujaba a guarecerse en sus cuevas al empuje de sus tornados. A la mañana siguiente, Nut, Diosa del cielo y madre del Sol, con sobrenombres de Amaterasu y Selu, enseñaban en sus colinas a divisar el mundo antes de que partieran a otros pueblos cuando estuvieron maduras. Señor, sólo falta abrir grandes los ojos, posar en cada una de ellas nuestra humilde mirada y restaurarles, como fieles devotos, su calendario anual de celebraciones.

¡ Imagine que a la par de la ruta de los conventos y misiones de la Sierra Gorda financiada por la UNESCO, fluya por esta alabeada sierra la ruta del nacimiento y cría de las grandes señoras, madrecitas Diosas del mundo, la ruta de la gran matriz de las Diosas telúricas, nuestra santa madre Cachúm!

Pero no se engañe, esto no es un golpe publicitario electoral, aunque nada impide que le de tal uso. Es un regalo, es una grandiosa herencia en espera de agradecidas manos que la reciban, que nuestra escala diminuta de humanos nos impedía reconocer aunque la tuviéramos en las narices. Sólo falta abrir bien los ojos, acabar de moldear esta magnificente basílica y alfombrarla con caminos, terrenos y aéreos, vistas panorámicas y virtuales, para consagrarla en todas las lenguas del mundo, que tales son sus cósmicos alcances.

Verá cómo regresarán pronto los emigrantes, los huidos a la gran Tenochtitlán, a Huastecapan, al Gran Tunal, sólo por manifestarse como sus hijitos descarriados y perdidos, vueltos a sus arroyos y barrancas. No se apure que con esta Santa Obra se aplacarán los nuevos alzados Juan Márquez, Mariano Lobatón, Agustín Pérez; Leonardo Ramírez y Felipe González. Ninguno de

ellos tendrán más causa para su resentimiento, ni mucho menos las Chamorras.

De más allá de los mares vendrán a venerarla agradecidos los protegidos por todas las Diosas-hijas de esta su anciana madre Cachúm, salidas de este su cunero original, en una romería que a su diario paso y a fé cumplida, centuplicará las remesas más codiciadas por sus economistas, recaudadores y administradores del desarrollo.

Usted dirá, señor gobernador, ustedes dirán, señoras y señores conciudadanos.

## La Chely y la Rocío

Estamos tomando la tercera cerveza bajo la arcada de un bar en el centro de Culiacán, y mis amigas Carmen, Lucy y Eus me avisan que está por llegar Chely, distinguida miembro de este cuarteto de académicas, y a quien aún no conozco en ésta mi primera visita por sus querencias.

– Como puede no llegar y dejarnos plantadas– acota Carmen sobre la venida de Chely.

–Es que es impredecible –completa Lucy.

Tal par de mínimos comentarios, hacen que por arte de magia asociativa, me salte al cerebro el nombre de Rocío, una amiga en Cuernavaca, a quien ellas no conocen. Omito decirles lo que pasa por mi mente.

–Ya la conocerás –comenta Eus– es capaz de llegar cuando nos estemos yendo, y sin disculparse, con una sola frase o expresión, convencernos de que no nos dejó plantadas y que estaba sobrejustificado presentarse a la hora que se le antojó.

Imposible quedarme callado:

–Rocío, seguramente se llama Rocío, les comento a las tres.

– No –responden todas a un tiempo.

– Se llama Chely –precisa Carmen.

Aclaro:

–Pues así como me la empiezan a describir, para mí es Rocío. Ahí les va cómo es: su estilo da para hacer cuatro o cinco citas con diferentes personas a la misma hora –volteo a verlas y asienten admiradas con los ojos o con un movimiento de cabeza–. Llega a dos o tres de esas citas, por supuesto a unas más tarde que a las otras –levantan las cejas y sonríen volteándose a ver entre ellas–, cuenta chistes no sólo con suprema gracia, sino que puede hilvanar temáticamente uno con otro y grupos de ellos, como pasarse hasta

una hora contándolos ella sola, brincando de un acento extranjero al otro en el mismo chiste y sin pérdida de la persona, la lengua, el registro o el asunto...

Ahora ellas tres sueltan una carcajada y casi gritan:

–¡Es ella!

Continúo:

–Es psicóloga...

–¡Brujo! – me llaman al unísono las tres divertidas amigas.

–Siempre anda a la carrera y puede atender tres conversaciones al mismo tiempo

– ¡Adivino! ¡Es ella! –revientan.

–Es histriónica, polivoz, espontánea, imitadora. Le basta un simple gesto o una palabra para desmoronar tu argumento más sólido, que habías preparado con esmero.

A esas alturas de la comparación todos estamos sorprendidos de las coincidencias o bien nerviosamente asustados del don de la ubicuidad de Chely–Rocío. Sólo nos queda asegurarnos de que efectivamente son dos personas y no una sola, presente al mismo tiempo en dos ciudades. Continúo:

–Es sin duda impredecible, libre y solidaria, perdona hasta el extremo, resuelve el mayor problema con una carcajada, deshiela la reunión más rígida con una broma genial, es inasible y volátil, porque cuando llega contigo ya está atendiendo otras llamadas telefónicas y preparando la siguiente cita.

La estoy caracterizando con detalle, cuando llega quien debe ser Chely. Antes de saludarnos, o de personalmente darnos un beso, explota con los ojos bien abiertos:

–¿Qué creen?

Nos captura a todos con su teatral pose de suspenso y su intensa mirada. Mientras avanza hacia nosotros, va metiéndonos uno a uno en su plática y en la trama, sin posibilidad alguna de repelarle la llegada tardía, instantáneamente

atrapados por la gracia y viveza de sus increíbles relatos como de sus mayúsculos atrevimientos, ante gente conocida y desconocida.

Nos hemos olvidado de reclamos y referencias a sus aparentes descortesías. Todos estamos gozando de sus enredos y expresiones, con deleitosos apuntes, adiciones y subrayados de las demás colegas del cuarteto. Ha reiniciado mágicamente la reunión, sin darnos cuenta.

¡Ah que la Rocío – Chely! Dos en una, una en dos, ubicuas, omnipresentes, antisolemnes.

## El Rony

Intrigado por el primer músico reconocido que tuvo San Martín, pregunté a Maurilio qué sabía de él, pues fue casi su contemporáneo. Se me fue al cuello de inmediato:

– “¿Soportarías teniendo diez años ver a tu madre borracha, sucia, mendingando por la calle una cerveza o una vaso de aguardiente?”

Me quedé atónito. No estaba preparado para su contrapregunta, tuve que darme unos momentos para preparar una respuesta. El Maurilio sabía que yo no daba para responderle medianamente, por eso siguió.

– Eso soportó el Rony por toda su brevísima niñez en el barrio, arañándole el corazón, minándole las ganas de permanecer en la escuela, robándole todo asomo de orgullo en su escondida existencia. Sospecho que dejó de ser niño a los seis años, añadiendo año con año arrugas a su frente y haciendo nudos de su ceño. De alguna manera se las apañó por ahí de los doce años para conseguir una guitarra eléctrica, formar parte de una banda que ensayaba en el patio de una casa. Tocando música encontró forma de expresar todo lo que contenía al andar por la calle, sabiéndose el hijo de aquella mujer de continuo ambulante por el barrio, a la que con frecuencia tenía que jalonear desde cualquier esquina para llevarla a casa. ¿Tú serías un niño aplicado con esas tareas caseras de todos los días?



El Rony tiene un record que quizás ningún otro miembro de grupo rockero consiga romper en el mundo: teniendo él catorce años, su banda firmó un contrato para trabajar en un bar de Puerto Vallarta. Entonces dejó de ser adolescente. Se dio empleo haciendo lo que otros ni soñaban a su edad y dio empleo a su grupo de ahí en adelante.

Después de dos años de rockear en Puerto Vallarta, a los dieciséis, voló con una banda a Los Ángeles, y con ello penetró adulto al mundo tenebroso, lábil y vibrante del *show business*, con alcohol y drogas aderezando sus contratos y presentaciones.

Su siguiente vuelo lo proyectó cerca de cumplir los veinte años, más allá de toda dimensión mundana. Acaso se haya ido al paraíso, buscando una madre y una niñez que aquí no tuvo, sumido por un pasón de drogas en Nevada, al término de una presentación estelar, a la madrugada.

¿Tú soportarías vivir así, con ese pasado a cuestas? ¿Tú darías gracias a la vida?”

### El socialismo real, en 1979, por Brest–Litovsk

El tren Varsovia–Moscú se acercaba a Brest, o a Lietuvos según los lituanos, o a Brzesc según los polacos, o como le gusten llamar, según se orienten más por la historia contada por bielorusos, lituanos o polacos.

Los pasajeros de nuestro camarín, una pareja de rusos, un polaco y yo, viajábamos holgadamente, con espacio sobrante a nuestros lados. Era la tarde y habíamos disfrutado el paisaje de *ivushkas*, esos pequeños y blanquecinos sauces llorones de la región, por lo que nos sentíamos relajados, plenos de aire fresco. La emoción de llegar al país de mi destino me tenía a la vez abierto a todo ser, vista y relación, ¡por fin se cumplía mi sueño de arribar a la URSS!

En eso entró precipitadamente al camarín un señor regordete, chapeado, de ojos pequeños como maliciosos, haciéndose el gracioso. Parecía polaco. Nos abarcó de inmediato con su mirada, saludando como experto del camino y creo

que midiéndonos uno por uno. En un segundo procedió a esconder ante nuestras narices, entre las juntas de asientos y respaldos, debajo de los asientos y entre nuestras maletas, relojes de todas marcas y colores, que iba sacando de su maleta de mano. Sonreía como si nos acabara de hacer un gran regalo. Enseguida sacó decenas de sobres de condones de varias marcas e hizo su distribución por los rincones e intersticios restantes.

Yo estaba atónito: ¿qué debía hacer? ¿Y si me acusaran de esconderlos? ¿Y si el tipo se desapareciera y nos dejara con las evidencias de nuestro intento por pasar la frontera artículos prohibidos del perverso mundo occidental, tan hedonistas como vanos? ¡Se venía abajo mi soñado viaje justo antes de entrar a la URSS! ¡Cinco años de estudio estarían perdidos!

Eso hizo de inmediato. Desapareció sin darnos oportunidad para señalarlo y denunciarlo. Los demás pasajeros nada hicieron. Yo estaba paralizado, sin aire en el pecho.

Llegaron los revisores de pasaportes y visas. Era un par de chamacos rusos militares, blanquísimos, a los que les pesaba y colgaba el uniforme y su gorra verde. Me parecieron *ivushkas* delgados. Abrieron el compartimento pidiendo nuestros documentos. Reentró entonces el temerario tipo de los condones y relojes, se sentó a mi lado, y entregó en su oportunidad a los policías aduaneros su pasaporte rojo, polaco, con una terna de condones en su parte media. ¡Qué atrevimiento!

Los muchachos se pusieron tan lívidos como yo. Ahondaron en su transe cuando con sangre fría, entrenada, el traficante de instrumentos de placer les aseguró que eran para ellos, que los tomaran. Para convencerlos, metió otra terna de condones en las bolsas de los sacos de cada uno. Con eso volvieron en sí, saliendo de nuestro camarín, suspendiendo la revisión.

En segundos, como un desconocido, sin sonrisa alguna en la cara, aquél regordete se llevó toda su parafernalia sin asomo de agradecimiento a nuestro apurado silencio e involuntaria complicidad. Salió como entró, con su maleta llena, negocio de millares de rublos.

Pregunté sin palabras a mis vecinos de viaje qué era aquello. Comprendieron mi susto. Contestó uno de ellos:

- *Eto smuker, nichivo* (es un traficante, no es nada).

No se me quitaba la insoportable sensación de que todo mi viaje había estado en vilo, mi sueño casi fracasado, justo al momento en que se hacía realidad.

Por años callé esta vergonzante entrada a *la gran patria socialista*. ¡No le iba a dar cuerda con su relato a los endiablados capitalistas!

### Tres doñas en tres museos

Primero lo atestigué en el Museo de Arte de Querétaro, donde se exponían las enormes e impresionantes esculturas del moreliano Javier Marín. En la soledad de la sala principal, una tremenda escultura varonil, con prominentes genitales al aire, sirvió de oportunidad inigualable para que una mujer exigiera a su marido le tomara una foto mientras ella asía con su pequeña mano derecha los grandes huevos de aquella figura neoclásica, con músculos vibrantes como de cera. El marido, medio tímido, dudaba de hacerlo, al menos frente a nosotros. Ella lo presionaba para fotografiarla sin importarle nuestra presencia. Finalmente tuvo que hacerlo ante su insistencia y regocijo.

La siguiente fue en el Museo de las Bellas Artes de París, entre las esculturas de Aristide Maillol (*Femme nue assise, la main gauche sur la tete*). Una divertida mujer con su cámara fotográfica lista, conminaba a su pareja a que tomara entre sus manos los pechos de la bella joven desnuda. Se salió con su capricho la doña, y con la foto de su inocente marido en brazos de una fría escultura que lo superaba en tamaño.

La tercera se nos presentó de improviso junto al Museo de Orsay, también en París, haciendo larga fila para entrar. Una joven chaparrita se trepó a una columna coronada con una escultura metálica de mujer-leona, con prominentes y esféricos pechos apenas cubiertos por un velo del que se

dibujaban los pezones. Estiró la joven su brazo derecho hasta conseguir abarcar con toda la palma y dedos de su mano uno de los pechos de la leona-mujer. Bajó de ahí con cara plena de satisfacción y volteando a ver muy sonriente, a la acariciada.

Susana comenta: ¿qué caso tiene tocar unos pechos fríos? Le aseguro que esta chica, como las otras dos mujeres, juegan o piden jugar con el signo, no con el objeto cuya frialdad no importa en este juego del fetichismo y de las aventuras fantaseadas, siempre tibias y maleables, a escala que va dentro de un segundo, de lo frío a lo ardiente, de lo diminuto a lo galáctico.

Los escultores no estaban ahí para verlo, pero imagino que hubieran gozado sus efectos.

## Doctores

Sobre la calle de Brasil, a media cuadra de llegar a la Plaza de Santo Domingo, frente a la cual se encuentra la Secretaría de Educación Pública, una jovencita ambulante, holgadamente pechugona, me ofrece con voz suave, casi al oído, a mi paso:

– ¿qué título quiere? ¿qué documento le imprimimos?

Sigo caminando y sonriendo. Me pregunto qué leyó en mi cuerpo para lanzarme tal ofrecimiento. Regreso a ella, intrigado, casi riendo:

– Oye guapa, ¿qué me viste que te hizo pensar que necesito un título?

– ¿Va a querer uno?

– No pero me divierte pensar en qué me viste para ofrecérmelo.

– Si sólo quiere eso, me hace perder el tiempo, se me van los clientes.

– ¿Cuáles clientes? ¡Con la calle vacía a las nueve de la mañana! Te invito un café aquí junto, con todo y concha y ahí me platicas qué me viste.

– ¡Qué necio! ¿No es un policía?

– Aquí tienes veinte pesos, sólo me cuentas qué me viste y me voy volando.

Tomó el billete y volteó para ambos lados de la calle, asegurándose de que no viniera acompañado y contestó:

- Es fácil. Desde que lo vi venir por la esquina me dije: una de dos. Este es un profesor urgido de un título para subir en el escalafón. A su edad sólo le falta eso para ser supervisor. O si no, es un catedrático necesitado de constancias falsas para ganar el estímulo al desempeño académico como tantos otros.
- Pero no me has dicho qué me viste para pensar así...
- Le digo que es fácil. Sus canas y esa chamarrita de fuereño dan para un profesor de provincia, digamos alguien que quiere ser supervisor. Pero viendo su pelo un poco largo y sus lentes, con todo y el bonche de carpetas con documentos que carga, dan para catedrático urgido de estímulos.
- ¿Hay alguna otra posibilidad? Con tu respuesta me voy y te dejo en paz.
- Bueno, pues la prisa que traía me hizo imaginar que ya le anda por un doctorado, digamos un título para colgarlo a la vista en su garaje, convertido en biblioteca de su nueva universidad privada. Esos dan buena propina y traen los zapatos bien boleados como usted. Todo eso me hizo pensar en un dos por tres, pero ahora que muestra tanta curiosidad y ganas de perder el tiempo, me cae que usted es un maestro jubilado sin quehacer. ¡Le apuesto los veinte pesos a que eso es!

En automático, casi saco el billete. Pero decido no dárselo, ofendido porque me ha descubierto.

FIN de Crónicas Matrias